Cada cosa en su tiempo 14

GALERIA DRAMÁTICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

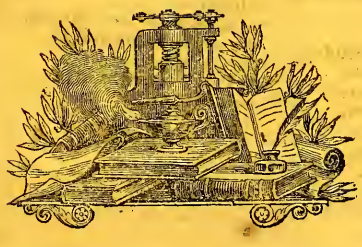
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres? 6
Un tercero en discordia. 6
Un novio para la niña. 6
Otro diablo predicador. 4
Me voy de Madrid. 8
La redaccion de un periódico. 8
Las improvisaciones. 4
Una de tantas. 4
Muérete y verás. 8
El amigo mártir. 8
Todo es farsa en este mundo. 8
D. Fernando el emplazado. 8
Medidas extraordinarias. 4
El poeta y la beneficiada. 6
Ella es él. 4
El pró y el contra. 4
El hombre gordo. 4
Flaquezas ministeriales. 8
El hombre pacífico. 4
El qué dirán. 8
Un dia de campo. 8
El novio y el concierto. 4
No ganamos para sustos. 8
Bellido Dolfos. 8
¡ Una vieja ! 8
El pelo de la dehesa. 8
Lances de carnaval. 4
Pruebas de amor conyugal. 6
El cuarto de hora. 8
La ponchada. 4
El plan de un drama. 4
Dios los cria y ellos se juntan. 8
Cuentas atrasadas. 8
Mi secretario y yo. 4
¡Qué hombre tan amable ! 8
Los hijos de Eduardo. 6
Engañar con la verdad. 4
Los primeros amores. 4
A la zorra candilazo. 4
El amante prestado. 4
Un paseo á Bedlan. 4
Mi tio el jorobado. 4
La familia del boticario. 4
El segundo año. 4
La loca fingida. 4
No mas muchachos. 4
Mi empleo y mi muger. 4
La primera leccion de amor. 6
Lo vivo y lo pintado. 8
La pluma prodigiosa. 8
La Batelera de Pasages. 8
La mansion del crimen. 4
La escuela de las casadas. 8
El editor responsable. 8
¡ Estaba de Dios ! 8
Blanca de Borbon. 8
Carlos II el hechizado. 8
Rosmunda. 8
D. Alvaro de Luna. 8
El entremetido. 6

Rodrigo. 8
Carlos V en Ajofrin. 4
Cuidado con las novias. 6
Un monarca y su privado. 8
El dia mas feliz de la vida. 4
El vigilante. 4
La escuela de los viejos 6
El vaso de agua. 6
Un casamiento sin amor. 6
Matilde. 8
D. Trifon ó todo por el dinero. 8
Masaniello. 8
Atrás ! 4
Guzman el bueno. 8
El amigo en candelero. 8
El Trovador. 8
El page. 8
El rey monje. 8
Magdalena. 8
El bastardo. 8
Samuel. 8
Dandolo. 8
El encubierto de Valencia. 8
Batilde, ó América libre. 6
Margarita de Borgoña. 6
La pandilla. 5
D. Juan de Marana. 6
Calígula. 6
Zaida. 8
Juan de Suavia. 6
El caballero leal. 8
El premio del vencedor. 8
Gabriel. 8
Las bodas de Doña Sancha. 8
Los amantes de Teruel. 8
Doña Mencia. 8
La redoma encantada. 8
La visionaria. 8
Los polvos de la madre Celestina. 8
El amo criado. 6
Ernesto. 6
El Barbero de Sevilla. 6
Alfonso el Casto. 8
Primero yo. 8
El abuelito. 4
El Bachiller Mendárias 8
Macías. 6
No mas mostrador. 6
Roberto Dillon. 5
Felipe. 4
Un desafio, ó dos horas de favor. 4
Arte de conspirar. 6
Partir á tiempo. 4
Tu amor ó la muerte. 4
D. Juan de Austria. 6
D. Alvaro ó la fuerza del sino. 8
Tanto vales cuanto tienes. 8
Solaces de un prisionero. 8
La morisca de Alajuár. 8
El crisol de la lealtad. 8

El desengaño en un sueñ
Mas vale llegar á tiempo
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey, 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte de Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, Justicia de Ara
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde n
Rivera.
El rigor de las desdichas
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin diner
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro !!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duend
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

CADA COSA EN SU TIEMPO.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ESCRITA EN FRANCES

POR Mr. CARLOS DESNOYER,

Y ARREGLADA PARA EL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
D. CARLOS RIVAHERMOSA, *capitan de caballería.*	*D. Julian Romea.*
D. ABUNDIO LANZADERA, *comerciante de paños.* .	*D. Antonio de Guzman.*
D.ª EUFRASIA, *esposa de D. Abundio.*	*D.ª Gerónima Llorente.*
LUCIA, *hija de los anteriores*	*D.ª Concepcion Valero.*
ISABEL, *prima de Lucia.*	*D.ª Matilde Diez.*
D. FELIX RETUERTA, *abogado.*	*D. Pedro Sobrado.*
PEDRO, *mancebo de Don Abundio.*	*D. Ignacio Silvostri.*
JOSÉ, *criado de D. Carlos.*	*D. Juan Fernandez.*
UN NOTARIO Y SU ESCRIBIENTE.	
Damas y caballeros.	

La escena es en Madrid; durante el primer acto en casa de D. Abundio, y en la de D. Carlos Rivahermosa durante el segundo.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa la sala de estrado en la casa de D. Abundio; Isabel, modestamente vestida, cose sentada junto á un velador, á la parte opuesta Lucia vestida de gala se mira en un espejo de cuerpo entero.

ESCENA PRIMERA.

LUCIA É ISABEL.

Lucía. Estoy bien así, Isabel?... Te parece que le gustaré con este trage?... No me respondes?... (*Acercándose á su prima.*) válgame Dios! siempre triste y pensativa como acostumbras.

Isabel. (*Volviendo en sí sobresaltada.*) Verdad es, prima; pero tambien hoy tengo mas motivos que nunca...

Lucía. Hoy! El dia en que van á tomarme el dicho!

Isabel. Precisamente por eso. (*Lucía se muestra sorprendida.*) Te casas; nos dejas; y contigo se va la única persona que en esta casa me quiere.

Lucía. No digas eso, Isabel... y mi padre?

Isabel. Tienes razon, mi buen tio me quiere mucho: pero...

Lucía. Te entiendo: no te lo manifiesta tanto como él quisiera; su debilidad de caracter no le permite defenderte cuando mamá, que á veces es demasiado severa...

Isabel. Y quizá con razon, Lucía: tu madre es una señora tan de su casa, tan económica, tan diligente, tan arreglada en todo, que no estraño que exija de una pobre huérfana recogida por caridad como yo lo soy, alguna al menos de las buenas prendas que ella tiene y á mí por desgracia me faltan.

611346

Lucía. Vamos, prima, no seas tan modesta, que yo bien sé lo que vales: pero dime qué te ha pasado esta mañana con madre; porque tu tristeza me está diciendo que ha habido peluca.

Isabel. Nada: como tú me habias dicho que fuese tu madrina y que me adornase mas de lo que acostumbro...

Lucía. Y bien, y qué?

Isabel. La tia se ha opuesto diciendo que la ceremonia de hoy se reduce á tomar los dichos, que es dia de trabajo, que hasta la noche no hay motivo para que me separe de la tienda, y en fin, que una muchacha, y sobre todo una muchacha *en mi posicion* no debe nunca pensar en conqueterias...

Lucía. (*Fijando la vista en el sencillo trage de su prima.*) Tú coqueta! no por cierto.

Isabel. Mi posicion! Mi posicion se parece á la de aquella pobre muchacha condenada á servir á sus propias hermanas. Te acuerdas?

Lucía. Sí, de la ópera (*Riéndose.*); y tambien de que hubo una persona en esta casa que solia llamarte en broma la cenicienta.

Isabel. (*Conmovida.*) Una persona, dices?

Lucía. El hijo del sócio de padre.

Isabel. Ah, sí! D. Carlos Rivahermosa de quien no sabemos cuatro años hace.

Lucía. Y quién tiene la culpa? El, que en vez de continuar asociado con padre, cuando murió el suyo, en el comercio de paños, se entregó á la disipacion, se hizo calavera, y no pudiendo acostumbrarse á la pacífica vida de los comerciantes, riñó con madre y se fue al ejército me parece.

Isabel. Se te olvida la mas grave culpa que en sentir de la tia ha cometido.

Lucía. Cuál?

Isabel. La de atreverse algunas veces á tener lástima de mí.

Lucía. Y á hacer frente á madre tambien; ahora lo recuerdo.

Isabel. En una ocasion particularmente, habia baile en casa, tú estabas como hoy de veinticinco alfileres, y yo.....

Lucía. Tambien como hoy. Pobre Isabel!

Isabel. Harto me afligió la disputa de D. Carlos aquel dia

con tus padres, porque de ella nació que riñeran y que él se fuera de casa.

Lucía. (*Con algun desden.*) Gran desgracia!... (*Variando de tono y afectuosamente.*) para tí pues que te protejia.

Isabel. Y mayor para él, pues que al separarse de tu padre ha perdido seguramente la esperanza de ser muy rico algun dia, y de casarse ventajosamente.

Lucía. Cómo de casarse? y con quién?

Isabel. Contigo.

Lucía. (*Desdeñosamente.*) Conmigo D. Carlos!

Isabel. Tal era el proyecto de tus padres desde tu niñez.

Lucía. De veras trataban de casarme con Rivahermosa?

Isabel. Y acaso fueras feliz con él.

Lucía. Feliz con un tronera! Feliz con un disipador!

Isabel. Con un jóven de noble y generoso corazon.

Lucía. Digas lo que quieras, prima, no me convencerás de que tal hombre me conviniese para marido. El que voy á tener sí; que es un jóven de mérito, juicioso, y que sin embargo está loco de amor por mí; un joven que va á ser nombrado de un momento á otro Agente fiscal del tribunal supremo; y rico ademas, y que se llama D. Felix de Retuerta: bonito apellido, verdad? La señora de Retuerta! Eh, prima! Te suena bien? Voy á tener una vida de princesa..... Pero escucha, no oyes un coche?... (*Corre apresurada á asomarse á la ventana.*) El es... él es: mi Felix.

Isabel. A Dios, prima: voy á ver si la tia me necesita para algo.

Lucía. Estate quieta: no quieres saludar á *mi marido*?

Isabel. Pero y la tia?

Lucía. Déjala decir... mira, aqui está.

ESCENA II.

LAS DICHAS Y DON FELIX DE RETUERTA.

Felix. (*Entra apresurado y sin reparar en Isabel se dirige á Lucía en ademan de asir su mano.*) Lucía, mi bien, mi esposa! Se me figuraba que este dia no llegaba nunca.

Lucía. (*Háciendole seña que se contenga y señalando á Isabel.*) No ve usted, caballero? No saluda?

Felix. (*A Isabel.*) Mil perdones, señorita: qué digo? Perdona, prima hermosa... porque ya no hay remedio, ya soy de la familia, ya mi felicidad no admite duda. (*á Lucía.*) Dentro de una hora firmaremos los contratos, y mañana, vida mia, mañana en el altar te juraré eterna fé; desde mañana podré decir ante el mundo entero que te amo y te amaré toda mi vida.

Lucía. (*Sonriéndose.*) Muy bien; pero todavia no estamos en la iglesia.

Eufrasia. (*Dentro.*) Isabel! Isabel!

Isabel. Jesus! Mi tia. (*Va apresuradamente hácia la puerta de la izquierda, y al mismo tiempo entra Doña Eufrasia.*)

ESCENA III.

LSABEL. LUCIA. DON FELIX. DOÑA EUFRASIA.

Eufrasia. Qué haces aqui, Isabel? No hay nada que hacer en la tienda?

Isabel. Acabé de arreglar las cuentas esta mañana y...

Eufrasia. A ver si te callas, bachillera!

Lucía. Vamos, madrecita, hoy no se riñe.

Felix. No, amada madre, no riña usted en un dia como este.

Eufrasia. (*Entonándose y saludando ceremoniosamente.*) Beso á usted las manos, señor de Retuerta... A Dios, hija!... (*A D. Felix.*) Veo con gusto que es usted puntual... orden y puntualidad en los pagos como en todo, máxima fundamental del comercio y de mi conducta.

Felix. Admirable señora!

Eufrasia. Gracias... Perdone usted si me he dejado llevar de la cólera; pero aqui nadie me ayuda; y hoy no sé á qué atender, pues por una parte el establecimiento de mi hija, por otra los intereses mercantiles... Y esta señorita (*Por Isabel.*) aqui en visita, mientras que yo sola... Vamos si es insufrible... y por otra parte mi marido...

Abundio. (*Dentro.*) Te digo, Pedro, que me dejes en paz, hoy no es dia de negocios.

Lucía. Padre viene.

Isabel. Mi tio!

Abundio. (*Dentro pero mas cerca.*) Que no es dia de negocios; caso á mi hija y soy dichoso, y te doy asueto: cierra la tienda.

Eufrasia. (*Prosiguiendo en su discurso.*) Y por otra parte mi marido, abrumándome desde que Dios amaneció con su gozo y su holgazaneria, ahora me cierra la tienda y... y no tiene sentido comun el tal don Abundio.

ESCENA IV.

DICHOS *y* DON ABUNDIO.

Abundio. Asi me gusta, toda la familia reunida! Buenas tardes, hija, pichona mia; señor yerno, buenas tardes.

Eufrasia. (*Con aire de importancia.*) Abundio! Abundio!

Abundio. Mira, dulce esposa, gruñe á tu placer; hoy me *pronuncio*, y no te hago caso. Caramba! Caso á mi hija, es dia de *gaudeamus*, y quiero echar una cana al aire.

Eufrasia. Por el amor de Dios, Abundio, que tengas juicio.

Abundio. Calla! no es nada lo que se me habia olvidado: ven acá, sobrina, dale un abrazo á tu tio; vamos, abraza.

Isabel. Querido tio!

Abundio. No te apures, muchacha, que á tí te llegará tu vez.

Eufrasia. Qué vas á decir, hombre, qué es lo que vas á decir?

Abundio. Voy á decir lo que dije; y digo que tambien á ella le llegará su turno de casorio.

Eufrasia. Calla, hablador; y tú (*A Isabel.*) anda á la tienda; puesto que no tengo mas remedio que fiarme de ti.

Lucia. Perdone usted, madre; pero Isabel es mi madrina, y no puede hoy separarse de mí. (*Toma la mano de su prima y la detiene; doña Eufrasia hace un gesto, pero guarda silencio.*)

Felix. Yo voy á darle prisa al notario; de allí á la vicaría á coger los despachos y la dispensa de las amonestaciones, y de allí...

Lucía. A dónde?

Felix. A ninguna parte... aquí... (*Aparte á doña Eufrasia.*) á que traigan el aderezo y las vistas todas.

Eufrasia. Está bien, hijo: vaya usted y vuelva pronto.

Felix. De eso mi impaciencia responde, madre mia; cada minuto me parece un siglo.

Abundio. Lo mismo me sucedia á mí hace veinticinco años. Te acuerdas, Eufrasia?

Eufrasia. Te quieres callar?

Felix. (*A Lucía.*) A Dios, hermosa, hasta muy pronto; y desde mañana, unidos siempre y para siempre.

Lucía. (*Aparte á Felix.*) Será constantemente lo mismo?

Felix. (*Aparte á ella.*) Lo dudas?

Lucía. Vaya usted á buscar al notario. Ven, Isabel. (*Vanse por la izquierda.*)

Abundio. Vaya usted, hombre; en mis tiempos era yo...

Eufrasia. Tan pelmazo como ahora. Hasta luego, don Felix.

Felix. Dentro de un instante estoy de vuelta. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

DON ABUNDIO *y* DOÑA EUFRASIA.

Abundio. (*Aparte.*) Pues señor, ya estamos solos... Hasta hoy no me he atrevido á hablarla de casar á mi sobrina; pero ya no hay remedio: manos á la obra... (*Acércase á su muger riéndose y estregándose las manos.*) Ah, ah, ah!

Eufrasia. Se puede saber, don Abundio, por qué es esa risa?

Abundio. Si no me rio, muger: antes al contrario, se trata de un asunto muy serio, y este es el momento mas oportuno para hablar de él.

Eufrasia. Te escucho.

Abundio. Eufrasia, nuestra Lucía ya puede decirse que la tenemos casada.

Eufrasia. Y gracias á mí, aunque me esté mal el decirlo, ventajosa y brillantemente.

Abundio. Yo lo confieso: pero dime, no deberíamos tratar tambien de establecer á su prima?

Eufrasia. A Isabel?

Abundio. Tiene dos años mas que nuestra hija; y casándose la mas joven, no encuentro razon para que la mas vieja se quede para vestir imágenes, precisamente ahora que los santos no abundan.

Eufrasia. Casar á Isabel! Acaso lo deseo yo mas que tú; pero con quién se ha de casar una muchacha sin dote?

Abundio. Es cierto que no tiene un real la pobrecilla: pero si nosotros... vamos... si le diéramos algo...

Eufrasia. No te oigo, Abundio: no te oigo, ni te entiendo.

Abundio. Digo, que si hiciéramos un pequeño sacrificio... Eufrasia, por mas que gruñas tienes buen corazon, muy bueno... y en fin, Isabel es hija de una hermana mia, y por consiguiente...

Eufrasia. Sobrina tuya como dos y dos son cuatro.

Abundio. Nosotros, muger, somos ricos; los paños nos han valido ya unos cinco mil duritos de renta...

Eufrasia. Me vas á decir á mí lo que tenemos? á mí que lo he ganado? Cuando nos casamos, señor mio, era usted un tenderillo al por menor, y gracias á mí es hoy uno de los mas ricos comerciantes de los portales de Guadalajara.

Abundio. No digo que no.

Eufrasia. Y desde que puse de patitas en la calle al calaveron de don Carlos Riva-hermosa, que te pervertia, á mi actividad y á mi inteligencia debes que nuestro almacen sea uno de los primeros de Madrid. Dándole á la niña cuarenta mil duros que lleva en dote, nos medio arruinamos... pero no hay que decir, bien empleado está en la hija de mis entrañas... De lo que no trato es de acabar de arruinarme por la sobrina. Lo entiendes? Que no se case; yo no tengo la culpa de que los hombres de estos tiempos miren mas á la bolsa que á la casa, ni de que los maridos cuesten tan caros...

Abundio. Tambien los hay baratos, muger.

Eufrasia. Dejémoslo, marido; te digo que lo dejemos ahora y para siempre.

Abundio. Para siempre! (*Suspirando.*) Oyes! Y si tratáramos de casarla sin dote?

Eufrasia. Sin dote! Estás soñando?

Abundio. Algunas vaces sucede...

Eufrasia. En las novelas.

Abundio. Y en el mundo.

Eufrasia. Te digo que sueñas, y que no hallarás quien quiera.

Abundio. Déjame buscar, Eufrasia. (*Rascándose la oreja.*) Dónde encontraré un hombre que se case *gratis* con mi sobrina!

ESCENA VI.

DICHOS *y* PEDRO, *ortera ridículo.*

Pedro. Señor! quiero decir, señora!

Eufrasia. Qué nos quiere nuestro dependiente?

Abundio. Qué se ofrece, Perico?

Gedro. Como no he encontrado á nadie ni en el almacen, ni en el escritorio, me he tomado la libertad de entrar hasta la sala, para entregar á la señora una carta que han traido para usted. (*A don Abundio.*)

Eufrasia. Dámela.

Abundio. (*Mirando el sello del sobre por encima del hombro de su muger.*) Una carta de Logroño! No sé que tengamos allí corresponsales.

Eufrasia. (*A Pedro.*) Está bien, retírate.

Pedro. Como hoy se toma á la señorita el dicho... es decir... vamos, me alegraria poder darla la enhorabuena, y...

Eufrasia. Ah! Nuestro dependiente quiere dar la enhorabuena...

Abundio. Se la darás, hombre, se la darás despues; yo te avisaré, anda con Dios.

Pedro. Con licencia. (*Vase.—Doña Eufrasia abre la carta y mira la firma.*)

Eufrasia. Oiga! El calavera nos escribe.

Abundio. El calavera!

Eufrasia. Tu digno amigo; el hijo de nuestro difunto socio Rivahermosa.

Abundio. Carlos!

Eufrasia. El mismo: un tronera, libertino, manirroto y despilfarrado, que pasaba su vida de baile en baile, de comilona en comilona, del café al teatro, del teatro

al juego, y sabe Dios qué mas : un calavera, en fin.

Abundio. Es verdad; pero fuera de eso, buen muchacho, de escelente carácter, alegre y con talento.

Eufrasia. Y cuya amistad no convenia á un hombre machucho como deben serlo el comerciante y mas el padre de familia... Por eso puse á raya tu entusiasmo por él; y hace cuatro años que no sabemos de su persona. A la verdad, es mucho atrevimiento el de escribirnos.

Abundio. Veamos qué dice.

Eufrasia. Lo que acostumbra será; botaratadas. (*Lee.*) «Logroño y setiembre de 1836. Mis respetables y queridos amigos: al mismo tiempo, ó poco despues que mi carta, tendré el placer de abrazar á ustedes...» Es posible! será tal su descaro?

Abundio. Magnífico! Si llega á tiempo á la boda, nos pondrá de buen humor con sus chistes.

Eufrasia. Silencio, y déjame leer. (*Lee.*) «Mi juventud ha sido tempestuosa, muy tempestuosa; pero cuatro años de servicios, dos balazos, una lanzada, muchísimas malas noches y peores dias, y el haber consumido al juego mi patrimonio, me han abierto los ojos y sentado la cabeza. He pagado mi deuda á la patria sirviéndola en los campos de batalla; soy capitan...»

Abundio. Cáspita! qué carrera en cuatro años!

Eufrasia. Y los dos balazos y la lanzada?

Abundio. Ya me parecen caras las charreteras.

Eufrasia. Me dejarás concluir?... (*Lee.*) «Soy capitan, ya retirado, por razones que no es del caso referir; y ademas acabo de heredar de un tio, Dios lo tenga en su santo descanso, treinta mil duros en metálico sonante.» (*Representa.*) Pobre caudal en tales manos! (*Lee.*) «No quisiera que este dinero llevase el camino del que me dejó mi buen padre, y por eso voy á buscar en el seno de una familia respetable, y en la realizacion de proyectos á que nunca debí renunciar, el sosiego y la tranquilidad que me son indispensables. A ustedes confio el cuidado de conducirme al puerto por que suspiro. Nos entenderemos fácilmente, pues de antemano me conformo con todas las condiciones que en nuestro contrato quieran estipular. Soy &c. &c. Carlos Rivahermosa.»

Abundio. En el seno de una familia respetable... reali-

zacion de proyectos... condiciones del contrato...

Eufrasia. Digo que le juzgué mal, Dios me perdone, y que me parece que es en realidad un hombre honrado.

Abundio. Y mucho: yo nunca he dicho lo contrario... Pero has entendido tú lo de la familia, y los proyectos y el contrato?

Eufrasia. Claro está que alude á nuestros primeros planes, y que quiere casarse con Lucia.

Abundio. Y gracias á Dios, ya llega tarde. Tenemos ya para la niña un mârido que vale algo mas que él.

Eufrasia. Sin comparacion.

Abundio. Es decir que la tal carta es como si no la hubiéramos recibido.

Eufrasia. Quién sabe? No te ha ocurrido lo mismo que á mí, Abundio?

Abundio. Pues no se me ha de haber ocurrido? Pero no lo he advertido; con que asi, dime...

Eufrasia. Jesus, qué sosera de hombre! Ya no te acuerdas de Isabel, de la hija de tu hermana...

Abundio. De Isabel? Dios mio! Tratarás de casarla con ese calavera?

Eufrasia. Treinta mil duros no se encuentran ahí detrás de la puerta... y Carlos es un buen muchacho; tú mismo acabas de decírmelo.

Abundio. Sí, muy buen muchacho para soltero; pero que será un marido detestable.

Eufrasia. De escelente caracter, alegre, con talento... Tú me lo has dicho.

Abundio. Un tronera, manirroto, libertino y despilfarrado... tú me lo has dicho.

Eufrasia. Su muger le hará entrar en razon, y gobernará la casa, porque nuestra Isabel es una muger muy casera y muy bien educada, sí señor... Treinta mil duros! Le ha caido á la chica el premio grande. Dónde ni cuándo se le ha de presentar un partido como ese?

Abundio. Sin embargo, muger...

Eufrasia. Treinta mil duros que entrarán en nuestra caja, que nosotros gozaremos, y podremos hasta retirar nuestro capital y no dejar en la compañia mas que nuestra industria y crédito... Dígote que seriamos cri-

minales, Abundio, criminales en desperdiciar esta ocasion de colocar á Isabel.

Abundio. Pero, santa muger, con todo eso...

Eufrasia. Aqui está justamente. Ven, mona mia; ven acá. (*Isabel entra por la puerta de la izquierda; su tia sale á su encuentro y la colma de caricias.*)

ESCENA VII.

DON ABUNDIO. DOÑA EUFRASIA. ISABEL.

Isabel. Tia!... (*Aparte con asombro.*) Qué es esto? Me equivoca con su hija?

Eufrasia. Qué nos querias, hija?

Isabel. (*Aparte.*) Eso mas! (*A su tia.*) Lucia es la que desea saber su opinion de usted sobre un punto, dice, muy importante. Se trata de saber qué pendientes se pondrá; y mi prima no quiere, mientras esté soltera, tomar consejo de nadie mas que de su madre.

Eufrasia. Y dice bien tu prima, hija mia, dice bien. Pero, y tú, Isabelita? y tú?

Isabel. (*Aparte.*) Pero, señor, qué es esto?

Eufrasia. Vamos, pensando bien no te pesaria componerte un poco mas; eh? A las muchachas les gusta hacerlo, y es natural, yo me hago cargo; sobre todo en las que son como tú *bonitas*...

Isabel. Pero tia, si usted me prohibió esta mañana...

Abundio. Es verdad; se lo prohibiste...

Eufrasia. (*A su marido.*) Usted calle. (*A su sobrina.*) Esta mañana, sobrinita, no me acordaba de que vas á ser la madrina de la boda... vamos, Isabelita, te vestirás en el cuarto de Lucia. (*Hace una fiesta á Isabel y se separa de ella poniéndose á hablar en voz baja con don Abundio.*)

Isabel. (*Aparte.*) Isabelita! Hija mia! y que me componga! ó mi tia se ha vuelto loca, ó yo estoy soñando. (*Observando que la conversacion de sus tios parece muy animada.*) Como no sea que el tio haya conseguido esa gracia... Sí, eso será sin duda: Dios se lo pague como yo se lo agradezco.

Eufrasia. (*Aparte á su marido.*) Me entiendes, Abun-

dio? Ya sabes que segun su carta puede estar aqui de un momento á otro: mira que si viene no dejes de avisarme volando.

Abundio. (*Aparte á su muger.*) Bien, muger, te avisaré; pero protesto solemnemente...

Eufrasia. (*Sin escucharle, á su sobrina.*) Vamos á engalanarte, querida, que en dias como el de hoy bien se puede perdonar un poco de atavio.

Isabel. Como usted mande. (*Aparte.*) Otras veces tanto gruñir y ahora me manda que me engalane. Dios mio, Dios mio, por qué está esta señora tan bondadosa conmigo?

ESCENA VIII.

DON ABUNDIO, *solo.*

Pues señor, está visto: doña Eufrasia Romero y Lanzadera, mi ilustre esposa, nació para cómitre ó para tirano: un error de la naturaleza la colocó en lo que han dado en llamar el bello sexo, el sexo débil. Débil, cáspita! mi muger tiene caracter por dos. Asi es que yo cómo diablos he de tenerlo si no me da tiempo ni para respirar? Confesémoslo; yo soy aqui su primer vasallo. Ella es honrada, fiel, eso sí: virtud á prueba de bomba; impermeable como el barragan; pero qué genio! qué despotismo! Arregla, dirige, dispone las horas, la vida, los gastos; en todo está: á todo atiende, nada se le escapa, nada desperdicia... vamos, es un dechado de virtudes; no la encuentro mas defecto que el de no tener ninguno, y el de ser inflexible. Mas por esta vez habrá de tener paciencia: no puedo en conciencia permitir ese enlace que proyecta; y si el señor don Carlos llega á venir...

Carlos. (*Dentro.*) Quieto, Pedro; no te molestes que yo sé la casa de memoria.

Abundio. Pues aqui está. ¡Pecador de mí, que tanto me alegraba de que viniese y ahora tiemblo su presencia!

ESCENA XI.

DON ABUNDIO, DON CARLOS, *con levita de uniforme, sin charreteras, una cinta al ojal, gorra de cuartel, espuelas y látigo.*

Carlos. (*Entra apresuradamente y da un estrecho abrazo á don Abundio.*) Cómo le va al bueno de don Abundio? Caramba, gordo y rollizo. Me alegro, á fé de Carlos. No es verdad que regocija el alma volver á abrazar á un antiguo amigo?

Abundio. Sí regocija; pero...

Carlos. Sabes que te conservas como en vinagre?

Abundio. Gracias á mi buena conducta.

Carlos. Tu buena conducta!... Menos cuando...

Abundio. Imprudente! (*Mirando asustado á las puertas.*)

Carlos. Siempre el mismo, temblando á tu muger, cuya férula es el verdadero resorte de tu virtud.

Abundio. Carlos, Carlos!

Carlos. Qué respondes á mi carta?

Abundio. A tu carta? (*Aparte.*) Ya estamos en baile.

Carlos. Qué dice de ella la muy virtuosa y muy séria señora doña Eufrasia? Me lisonjeo de haberla conquistado con mi sesudo lenguage: sí, amigo, sesudo. Te admira eso? Eh! Y á mí tambien: pero está resuelto, tomé mi partido y en un dia he dicho á Dios, á la gloria y á las balas, á mi agitada y alegre vida, al libro de las cuarenta, y á mas de cuarenta delirantes hermosuras.

Abundio. A todas sin escepcion?

Carlos. A todas sin esceptuar una sola.

Abundio. Ni siquiera á la hermosa Eloisa?

Carlos. A esa? Dios me libre de tal locura. Es muger encantadora, lindísima, una sirena; pero funde el oro como un alquimista.

Abundio. A pesar de que en vez de armas pone en sus cartas sello con el mote de «*Contigo pan y cebolla.*»

Carlos. Y de que no habla nunca (antes de rendirse se entiende) mas que de una choza solitaria... Santa Tecla! en mi tiempo la choza era un cuarto principal en la calle de Atocha: las cebollas, perdices y salmon, y

el pan... el pan sí lo era realmente; pero de flor y de la tahona de la Soledad. Yo sé quién se lo pagó: Eloisa y sus cuentas, que conservo, tienen gran parte en mi conversion... Encantadora criatura!

Abundio. Ay! suspira por ella... Pobre Isabel lo que te espera!

Carlos. Sí, amigo, encantadora; pero *no mas amor, ya lo juré.* (*Cantando.*) No mas: *otro talla.* Paz con los maridos de aquí en adelante; que duerman los pobres tranquilos; ya es justo. Sí, Abundio; respeto de hoy mas al hogar doméstico...

Abundio. El diablo predicador...

Carlos. Cansado ó arrepentido, como quieras; pero por una ú otra causa, si no por las dos, fuera de juego para siempre. Dije para siempre adios á Eloisa, á Antonia, á Paca, á Luisa, á Teresa, á Cármen, á Consuelo, &c. &c. Sí; adios les dije; no volverán á verme, aunque su memoria no se borrará jamás de mi corazon.

Abundio. (*Aparte.*) Jamás!... Pobre sobrina! (*A Carlos.*) Hablemos claro; á esas once mil... princesas, no las has dicho *adios*, sino *hasta luego.*

Carlos. Te engañas de medio á medio, Abundio, te engañas, porque no acabas de conocerme. Mira, en primer lugar yo no he de ir á buscar á ninguna de ellas; y en segundo, si, lo que no pienso, tuviese alguna la locura de buscarme á mí en un acceso de sentimentalismo, enfermedad de que no adolecen en general, no sé cómo diablos habian de encontrarme; porque por instinto les he callado á todas mi apellido. Mi nombre propio es el conocido, demasiado conocido á la verdad entre la gente del bronce; pero desde ahora no permito que se me llame mas que por el apellido. Que busquen á don Carlos; será como preguntar por un estudiante en Salamanca. A mayor abundamiento, tres años de ausencia me han hecho olvidar en Madrid; y en el Norte quedan todavia cien mil hombres, sin contar los habitantes, que bastan para que ninguna de mis amadas de allende el Ebro se vea precisada á peregrinar en persecucion del capitan Rivahermosa; mejor dicho, del capitalista Rivahermosa, que viene á poner en tus manos su fortuna. Veamos ahora qué respondes á mi carta.

Abundio. (*Aparte.*) Qué respondo yo? ahora lo verás. (*A don Carlos.*) Despues de lo que te he oido, jamás, jamás.

Carlos. Qué estás diciendo? Tu respuesta es lo que quiero saber.

Abundio. Mi respuesta? Sea, caballero: en otro tiempo... no lo niego... seguramente apreciaba á usted infinito... y ahora tambien te quiero, Carlos mio... Aquellas comidas de fonda... (*Bajo, y acercándoscle.*) aquellas bromas que corriamos sin que lo supiese Eufrasia, con pretesto de ir á tratar una compra ó una venta de paños... vamos, me alegraban el alma, me divertian... y me...

Carlos. Qué diantres ensartas ahí? Quién te habla ahora de esas locuras?

Abundio. Por supuesto que no estamos para locuras; y por lo mismo un hombre ya machucho como yo, cuya hija se casa...

Carlos. Hola! (*Entra don Felix, y desde la puerta dice al paño.*)

Felix. Eso es, por ahí, Pepe; lleva esos vestidos y el aderezo al cuarto de las señoras.

Carlos. Regalos de boda, eh? Y esa voz la conozco; Felix!

Felix. Carlos! (*Se dan y aprietan afectuosamente la mano.*)

ESCENA X.

DON ABUNDIO. DON CARLOS. DON FELIX.

Abundio. (*A Carlos.*) Tengo el honor de presentarte á mi yerno.

Carlos. Quién? Felix tu yerno? (*A Felix.*) Sea enhorabuena, querido amigo.

Abundio. (*A Carlos.*) Ahora, caballero, me parece que ya estará usted al cabo... El señor es mi yerno... esa es la respuesta que usted pedia, y por consiguiente puede volverse si gusta á Logroño.

Carlos. A Logroño!

Abundio. O al cuarto principal de la calle de Atocha.

Carlos. Al cuarto principal!

Felix. Qué es lo que esto significa?

Abundio. Estoy resuelto y sabré hacer que mi esposa comprenda que aqui no hay mas amo que yo. (*Vase.*)

Carlos. (*Riéndose.*) Que no hay mas amo que él! Pobre hombre; ha perdido la chaveta sin recurso.

ESCENA XI.

DON CARLOS. DON FELIX.

Carlos. Loco rematado: la vida conyugal produjo al cabo su efecto. Y no hay que estrañarlo; molleras de mas peso se trastornarán padeciendo bajo el poder de doña Eufrasia. Pero hablemos de tí., Felix, mi antiguo condiscípulo de Escuela Pia, á quien me encuentro despues de los años mil transformado en yerno de don Abundio. Sabes que haces en todos sentidos una escelente boda, y que me alegro infinito de tu felicidad?

Felix. Sin ofenderte, eso de la alegria es lo que me permito poner en duda; porque en otro tiempo dicen que aspirabas á la mano de Lucía.

Carlos. Con efecto se trató de casarme con ella; las familias estaban de acuerdo, y solo se olvidaron de una pequeñez: de contar conmigo.... En conciencia, Felix, Dios no me hizo para casado. Tú, ya es otra cosa; desde niño supiste la aguja de marear... hacias lo que se te antojaba, y los maestros te tenian por un santo... ademas es tu signo el de casado, y con el destino en vano se lucha.

Felix. Pues á pesar de tu genio y de tu... de tu...

Carlos. Mala cabeza, no te cortes: las cosas se llaman por su nombre.

Felix. Sea: á pesar de tu mala cabeza, te prometo que habias de casarte, si tuvieras la dicha de tropezar ahora con una muger tan perfecta como Lucia.

Carlos. No digas sandeces, por Dios. Cuándo han escaseado las mugeres perfectas? Todas lo son.

Felix. Todas!

Carlos. Todas; relativamente.

«Morena, blanca, rubia, pelinegra;
»Modesta, descarada, débil, fuerte;
»Tímida esposa, descocada suegra;

»Muger, en fin, de toda casta y suerte
»Mi pecho agita, el corazon me alegra:"

etcétera, etcétera; te acuerdas de esos versos que compuse al salir del colegio? No? tampoco importa, porque son malos. En fin, volviendo á las mugeres, pobrecillas! no las temo á ellas, no: á quien temo es á mí. Qué quieres, Felix? Soy débil, fragilísimo; y eso de eterna fidelidad... Vamos, me parece mas dificil que hallar la piedra filosofal, ó la cuadratura del círculo, y hasta que ser buen ministro.

Felix. Que no has de hablar jamás con formalidad!

Carlos. Te engañas: hablo muy sériamente. Casarme seria esponerme á ciencia cierta á faltar á mis obligaciones, y hacer á una muger desgraciada... Nada de eso; quédome como estoy, independiente y libre.

«No quiero, no quiero casarme;
»que es mejor, que es mejor ser soltero:»

y lo que sigue de la susodicha antiquísima cancion.

Felix. Te compadezco, Carlos: no comprendes la felicidad que me espera.

Carlos. Tambien ahora te engañas, porque la comprendo perfectamente.

Felix. Lucia es mi primer amor: Lucia será el último tambien.

Carlos. Canciones, señor don Felix, canciones.

Felix. Te juro que no: me he impuesto la ley.

Carlos. Ah! Si es ley no digo nada; entre nosotros las leyes, caramba, las leyes... y sobre todo los abogados que tienen una para cada caso, y cumplen siempre la ley haciendo su santísima voluntad. Adelante con el idilio.

Felix. No creas que doy ligeramente el paso mas importante de la vida, no por cierto: no tendré mas voluntad que la de Lucia... adivinaré sus deseos para satisfacerlos, y de esa manera, juntos siempre, constantemente de acuerdo, no turbará una sola nube la serenidad de nuestro horizonte...

Carlos. (*Soltando la carcajada.*) Bravo, Felix; estás haciendo una segunda edicion de Pablo y Virginia... Capaz eras de reconciliarme con el matrimonio, si yo no conociese tanto lo que son los maridos.

Felix. Pero, Carlos...

Carlos. Los he visto de muy cerca, he estudiado la índole del matrimonio, bajo la direccion de las mugeres de mis amigos... qué diantres! No pudiera suceder que á la mia se la antojase tambien difundir las luces? Estamos en el siglo del progreso, y lo mejor de los dados...

Felix. En resumen; tus calaveradas anteriores te retraen del matrimonio, ya porque no te crees seguro de tí mismo, ya porque tienes tal concepto del sexo que... Pero en mí no median iguales circunstancias: siempre he sido juicioso...

Carlos. O cauto.

Felix. Mi conducta anterior responde de la futura...

Carlos. Al contrario, Felix: todos tenemos el pecado original acuestas, y el que de mozo vive como un viejo, probable es que viva de viejo como un mozo. *Cada cosa en su tiempo*; á la juventud convienen los placeres...

Felix. Defiendes tu causa.

Carlos. No, que confieso haber abusado; pero todo estremo es vicioso; no me fio tampoco en los que á tu edad pasan por santos. Lo repito; cada cosa en su tiempo.

Felix. Alguien se acerca... Será Lucia.

Carlos. Es su madre. (*Aparte.*) Esta me va á poner de oro y azul.

ESCENA XII.

DICHOS *y* DOÑA EUFRASIA, *vestida con lujo.*

Eufrasia. (*A don Carlos con mucha amabilidad.*) Muy bien venido, señor capitan; bien venido.

Carlos. Señora... (*Aparte.*) Admirable acogida!

Eufrasia. Y qué bien le han sentado las campañas á nuestro buen don Carlos Rivahermosa!

Carlos. (*Hace una cortesía.*) Hola! hola! (*Aparte.*)

Eufrasia. (*A Felix.*) Si quiere usted ver á su muger, don Felix, la encontrará en su cuarto, que está examinando las vistas con su *hermosa y escelente prima.* (*Con énfasis.*)

Felix. (*Aparte á Carlos al despedirse, dándole la mano.*) Hasta despues, Carlos. Qué querrá decirte?

Carlos. No lo sé. (*Vase Felix.*) (*Aparte.*) *Su hermosa y*

escelente prima. La arpía se ha domesticado, porque ni á Isabel ni á mí acostumbraba á tratarnos asi... En fin, por la pobre chica me alegro: tanto mejor.

ESCENA XIII.

DON CARLOS. DOÑA EUFRASIA. *Luego* DON ABUNDIO, *que entra cautelosa y tímidamente.*

Eufrasia. (*Aparte.*) Dónde se ha metido aquel hombre? Cualquier cosa apostaria á que ha hecho alguna de las suyas.

Carlos. Preguntaba usted por su marido? Aqui está, señora.

Abundio. (*Aparte.*) Eso es: aqui está; y mi muger con él... pues no las tengo todas conmigo.

Eufrasia. (*A su marido.*) De dónde viene usted, señor mio? No te dije que esperaras aqui á que el señor viniese, para manifestarle el placer que nos causa su regreso?

Carlos. Me lo ha manifestado; tranquilícese usted, mi señora doña Eufrasia, me lo ha manifestado...

Abundio. Si por... sí por cierto.

Eufrasia. Y no te dije tambien que enterases al señor...

Carlos. De sus deseos de usted? Tambien lo ha hecho, diciéndome que podia cuando gustase volver á Logroño, ó...

Eufrasia. (*Colérica á su marido.*) Es posible que no has de hacer cosa buena en tu vida? El que te saca á tí de varear tarrasas ó ezcarays no tiene perdon de Dios.

Abundio. Eufrasia!

Carlos. (*Aparte.*) El matrimonio no rige; entrambos estan locos.

Eufrasia. (*Con amabilidad á don Carlos.*) Señor don Carlos...!

Carlos. Señora doña Eufrasia!

Eufrasia. Ha llegado el caso que hablemos franca y amistosamente sobre un asunto importante. Sírvase usted sentarse.

Carlos. (*Aparte.*) Cuántos cumplimientos. Lindas figuras de retablo estan los dos viejos.

Eufrasia. (*Aparte á su marido.*) Voy á ver si remedio lo que tu torpeza ha embrollado: pero apóyame. Cuenta con ella!

Abundio. Bien, te apoyaré: mas protesto solemnemente.... (*Siéntanse: Enfrasia en medio, Carlos á su derecha, Abundio á la izquierda.*)

Eufrasia. Señor don Carlos, hemos recibido la favorecida de usted de 18 del corriente...

Carlos. (*Aparte.*) Gracias á Dios: respuesta en forma.

Eufrasia. Y agradeciendo las proposiciones con que en ella nos honra, quisiéramos hallar medio para complacerle...

Carlos. Hallar medio! No hay cosa mas facil; aceptar lo que propongo.

Eufrasia. Mi marido, que nunca hace nada bien...

Abundio. Muger!

Eufrasia. Debiera haber empezado por decir á usted que nuestra amada hija Lucia se casa...

Carlos. Lo sé, y acabo de dar la enhorabuena á su novio; pero...

Eufrasia. Si: felizmente todo puede conciliarse...

Carlos. Conciliar qué, señora?

Eufrasia. Y el enlace que usted nos hizo la honra de proponernos no es absolutamente imposible.

Abundio. (*Aparte.*) Ya estamos en campaña: Dios nos la depare buena!

Carlos. (*Aparte.*) El enlace! No lo entiendo.

Eufrasia. Señor D. Carlos Rivahermosa...

Carlos. Señora Doña Eufrasia Romero y Lanzadera...

Eufrasia. Ademas de Lucia tenemos otra hija...

Carlos. (*Con asombro mirando á marido y muger.*) Cáspita, en estos últimos años. (*Doña Eufrasia ruborizándose hace seña que no: don Abundio suelta la carcajada y su muger le impone silencio.*)

Eufrasia. Hablo de nuestra sobrina Isabel.

Carlos. (*Con interes.*) Isabel... es verdad... ahora lo recuerdo... muy guapa muchacha.

Abundio. (*Aparte.*) Tiemblo!

Eufrasia. Si, por cierto, muy guapa. (*Aparte á su marido.*) Abundio, habla.

Abundio. Oh! Oh! Isabel... es decir...

Eufrasia. Abundio, calla.

Carlos. Pobre Isabel! Es la bondad, la dulzura personificada; el mejor caracter que he conocido.

Eufrasia. Sí por cierto, muy buen caracter. (*Aparte á su marido.*) Esto va bien.

Abundio. (*Aparte.*) Estoy en agonia.

Eufrasia. (*Con énfasis y hablando muy de prisa.*) Y tiene además muy buenas prendas, muy sólidas, muy preciosas. Sabe el frances, toca la guitarra, canta cosas de opera, baila... esto en cuanto á lo agradable; por lo que respecta á lo útil y positivo, lleva una cuenta mejor que ningun oficinista, sabe coser y bordar, se corta sus vestidos, economiza mas que un cesante: en fin es una muger completa, honrada, virtuosa y trabajadora, como se encuentran pocas, muy pocas en el tiempo en que estamos.

Abundio. (*Aparte.*) Qué enemigo de muger, lo que tramoya y lo que habla!

Carlos. (*Aparte.*) Adónde iremos á parar con tanto elogio?

Eufrasia. Por consiguiente, ya usted conocerá señor don Carlos, con cuánta razon le he dicho que todo podia conciliarse; y que no siendo posible tener á usted por yerno...

Carlos. Cómo por yerno!

Eufrasia. Al menos podremos darle el nombre no menos cariñoso de sobrino... (*D. Carlos se levanta dando un salto, los demas dejan sus asientos al momento.*)

Carlos. Santa Tecla, qué es lo que dice usted, señora? Yo su sobrino? Con que se trata de eso nada menos?

Eufrasia. Claro está. Qué responde usted, señor don Carlos?

Carlos. Señora, confieso á usted que... (*Aparte.*) Pobre muchacha! buen marido soy yo para ella!

Eufrasia. Dios mio, que vacila!

Abundio. Está indeciso. Tanto mejor. (*Aparte.*)

Eufrasia. (*Bajo y colérica á su marido.*) Abundio, habla, que me dejas á mí sola colgada con el peso de la conversacion.

Abundio. Bien, muger, bien. (*A Carlos.*) Veamos tu respuesta, amigo mio.

Carlos. Hola, ahora te toca á tí pedirme la respuesta: voy á dártela. (*Pasa por delante de doña Eufrasia, haciéndola una cortesía, y se llega á su marido.*) Amigo mio; no puedo casarme con tu sobrina.

Eufrasia. Cómo!

Abundio. (*Con satisfaccion.*) Ah!

Carlos. Jamás se me ha ocurrido la idea de casarme; y es imposible, absolutamente imposible que llegue á hacerlo.

Eufrasia y Abundio. Imposible?

Carlos. Imposible.

Abundio. (*Lleno de gozo.*) Dios te lo pague, Carlitos.

Eufrasia. Entonces, caballero, me hará usted el favor de decirme de qué se trata en su carta?

Carlos. De unirme á ustedes mercantilmente poniendo en sus manos los treinta mil duros de la herencia, porque estoy seguro de que producirán en ellas mucho mas que en las mias; de ser lo que fui, el socio de D. Abundio. Tal era y tal es aun mi plan.

Eufrasia. Ya, era eso de lo que se trataba. Lo pensaremos.

Abundio. Sí, lo pensaremos, y por mi parte con el mayor gusto, Carlos mio.

Eufrasia. Habrá usted de perdonarme si le dejo... En un dia como el de hoy, usted se hará cargo que hay mil cosas que disponer... Señor de Rivahermosa, beso á usted la mano. (*Cortesía.*)

Carlos. Señora! (*Cortesía.*)

Abundio. (*Aparte, asiéndole la mano.*) No te vayas que te has portado como un angel.

Eufrasia. (*Desde la puerta.*) Abundio, qué estás haciendo?

Abundio. Voy, Eufrasia, voy.

ESCENA XIV.

DON CARLOS, *solo.*

Estimando el favor de ustedes, señores mios, estimando. No por cierto: ni ella ni otra muger ninguna quiero para propia. Pobre muchacha! Darle un marido como yo es una especie de asesinato; una invencion infernal de su impecable tia; pero á bien que afortunadamente se necesita que yo quiera y no querré. Calavera, ya no tiene remedio, lo he dicho: pero tambien hombre de honor, y no es cosa de dejar de serlo por complacer á la ama-

ble doña Eufrasia. Nada de eso: cuando suelte la blanca mano será porque me sienta con fuerzas para sufrir el yugo. Hasta entonces, soltero.

ESCENA XV.

DON CARLOS É ISABEL, *que entra vestida con esmero y medio llorando.*

Isabel. (*Sin ver á Carlos.*) Válgame Dios! Ella misma me lo ha mandado y ahora me injuria porque la obedecí... A veces es insufrible el genio de mi tia.

Carlos Qué es eso de tia? Quién habla ahí? Calla, si es ella; Isabel en persona... (*Retirándose á un lado para no ser visto de Isabel que se adelanta y se sienta en el proscenio.*)

Isabel. Esperaré á que vengan á firmar los contratos; ya no puede tardar el notario. Por qué habrá variado de humor mi tia? Por qué me reconviene ahora si ella misma me puso por su mano hace media hora el vestido, las flores y el collar, deleitándose en mirarme tan compuesta?

Carlos. (*Acercándose silenciosamente y escuchando.*) Qué tendrá? parece que está tan triste como antes de mi marcha.

Isabel. Me llama coqueta... y por qué? Ni yo la he pedido estas galas hoy, ni mañana las echaré de menos... Mi corazon me dice que todas estas bagatelas le son indiferentes: lo que me alegraba era que mi tia estuviese un poco cariñosa conmigo... Pero, Dios mio, por qué ha variado tan pronto?

Carlos. (*Presentándose.*) Yo se lo diré á usted, señorita.

Isabel. (*Levantándose.*) Ay!... (*Conociéndole.*) Señor don Carlos, usted aquí? Vendrá sin duda á la boda de mi prima?

Carlos. No por cierto: no vine á eso, ni pienso asistir á la boda: ahora mismo parto otra vez y para no volver.

Isabel. Para no volver!

Carlos. Mas antes quiero sacar á usted de la duda en que está. Su señora tia pensó esta mañana.... singular ocurrencia! en fin, pensó en casar á usted...

Isabel. Jesus!

Carlos. Con un loco, aturdido, mala cabeza, desordenado,

calavera, en fin, que no tiene un adarme de juicio...

Isabel. Santos cielos!

Carlos. Conmigo, señorita, conmigo en una palabra.

Isabel. Ah! Con usted, señor don Carlos?

Carlos. Me hago cargo de su terror de usted; un marido como yo! Semejante proyecto es una perfidia, una traicion infame de doña Eufrasia; pero tranquilícese usted, Isabel. De todo puedo acusarme con justicia menos de falta de honradéz y franqueza; y en prueba de ello, compadeciendo á usted por todo lo que aqui sufre, no quiero por mi parte aumentar sus penas ya que no pueda disminuirlas; en prueba de ello he declarado...

Isabel. Qué ha declarado usted?

Carlos. Que no seré su marido de usted.

Isabel. (*Sin poder reprimirse manifiesta su disgusto.*) Se ha negado usted á ser mi marido?

Carlos. (*Aparte mirándola con sorpresa.*) Qué diablos! Parece que lo siente. (*A ella.*) Usted lo aprueba, no es cierto, Isabel?

Isabel. (*Procurando en vano contener las lágrimas.*) Sí señor: ha hecho usted muy bien; y yo le agradezco sobre todo la franqueza con que me habla.

Carlos. (*Con ternura.*) Y por qué llora usted entonces, criatura.

Isabel. (*Confusa.*) Lloro... porque me allije la invencible aversion que inspiro á mi tia.

Carlos. (*Con calor.*) Ah! Con que es cierto? Usted lo confiesa? Con que vive usted desdichada en esta casa?

Isabel. Soy huérfana... soy pobre... mi tia me recogió por caridad y me tiene en su compañia por lástima. Me dan de comer, pero nada mas; me falta el amor, me falta el cuidadoso desvelo de una madre... nadie en el mundo me ama, no hay un corazon que simpatice con el mio. La tia, adorando á su hija, como es justo, cree sin duda que las caricias que á mí me hiciera se las robaria á ella... Y ahora que Lucia se casa... me quedo yo sola... sin apoyo... sin defensa...

Carlos. Y con doña Eufrasia! (*Aparte.*) Espantosa perspectiva!

Isabel. Con mi tia, para quien soy una pesada carga, y que viéndome dia y noche á su lado sentirá mas la au-

sencia de su hija... Vea usted, señor don Carlos, cuál es mi suerte!

Carlos. Asi es, por desdicha; pero no hay medio de dulcificarla?

Isabel. Ninguno.

Carlos. Cómo ninguno? (*Aparte.*) No puedo yo sin casarme con ella favorecerla? Y por qué no?

Isabel. Decia usted?

Carlos. Isabel, quiere usted hablarme sin disfraces ni rodeos, considerándome no como á novio elegido por su tia... de eso no hay que hablar ya, ni usted lo quiere ni yo lo debo... sino como á un amigo, como á un hermano?

Isabel. Se lo prometo á usted.

Carlos. Una muger joven y bonita, como usted... sin lisonja, es usted hermosa como un angel... una muger, digo, de sus prendas de usted, no vive en Madrid sin tener mil adoradores; y es imposible que entre todos ellos no haya uno á quien ese corazoncito prefiera...

Isabel. (*Ruborosa.*) Señor don Carlos...

Carlos. Sin habérselo dicho á él; sea: sin habérselo confesado á sí misma; tambien es posible... Pero en fin, Isabel, si es asi, hable usted sin miedo. Yo me encargo de allanar todos los obstáculos: soy capaz de ser hasta elocuente para convencer á la familia del dichoso mortal y á la de usted... Digo mas.—Y no olvide usted que hemos convenido en que me ha de mirar como á hermano.—Isabel, acaba de caerme entre las manos una herencia con que no contaba, y que probablemente corre riesgo de deshacerse como el humo. Don Abundio y su muger parece que no me quieren por socio... acepte usted como en depósito la parte que quiera de mi capital... No tenga usted escrúpulo; si no, se lo van á llevar los demonios bajo diferentes formas, y singularmente bajo la de naipes de la fábrica de Castellanos: déjeme usted salvar algo colocándolo en tan buenas manos.

Isabel. (*Sumamente enternecida.*) Qué alma tan noble!

Carlos. Vamos á ver, niña; el nombre del amante...

Isabel. Ninguno: la hija de casa, la rica heredera fue la codiciada: de la pobre huérfana *nadie* se acordó, *nadie.* (*Mirando á Carlos con ternura.*)

Carlos. Nadie? Qué fatalidad! Yo me habia propuesto hacer su felicidad de usted, y que la daba por hecha.

Isabel. No se ocupe usted ya mas en mi suerte: estoy resignada con ella; pero jamás olvidaré, (*Con calor.*) jamás, al hombre generoso y noble que en dos distintas y apartadas ocasiones me ha compadecido, me ha dado pruebas de su amistad...

Carlos. (*Contemplándola con ternura.*) Cómo en dos ocasiones?

Isabel. (*Siempre con entusiasmo.*) Cuatro años hace que por defenderme provocó usted la cólera de mi tia, dejó el comercio y se fue á esponer su vida renunciando á un casamiento ventajoso...

Carlos. Válgame Dios, y de qué bagatelas se acuerda usted.

Isabel. Bagatelas! No para mí, que las tengo grabadas en el corazon: no, para mí no son bagatelas. Y hoy, quién ha venido á ofrecerme proteccion y amparo? quién á tenderme una mano liberal para ayudarme á buscar la felicidad? Siempre el mismo; y si sus ofertas son inútiles, si para mí no es posible la dicha en este mundo, ni sus beneficios ni mi gratitud son por eso menores.

Carlos. Vamos, Isabel, que exagera usted...

Isabel. Ah! no exagero, don Carlos; usted es mi único amigo, mi hermano, como usted dice; y se va usted, y yo aqui sola bajo el poder de mi tia... Dios mio! Váyase, váyase usted; yo me consolaré, sufriré resignada; la costumbre me ha dado fuerzas para padecer constantemente.

Carlos. (*Con pasion y fuego.*) Partir? No, Isabel, no me voy; ni el corazon ni la conciencia me lo permiten. (*Isabel cae en una silla y se cubre el rostro con las manos.*) Las miradas, las palabras de un angel han purificado mi alma. La siento con fuerzas para borrar la memoria de las pasadas locuras. El egoismo de sus tios de usted me ha hecho conocer que mis devaneos no me han pervertido; que aqui late el corazon de un hombre que puede ser todavia juicioso. A usted le deberé, Isabel hermosa, á usted sola el sacudir para siempre el yugo de los vicios... á usted si me escucha... Oigame usted, Isabel... óigame usted que la adoro... (*Toma una*

mano de Isabel y se la lleva á los labios: en el mismo momento entran doña Eufrasia, don Abundio, Lucia, don Felix, el notario, su escribiente y algunos convidados de ambos sexos.)

ESCENA XVI.

DICHOS. DON ABUNDIO. DOÑA EUFRASIA. DON FELIX. LUCIA. EL NOTARIO. SU ESCRIBIENTE. *Convidados de ambos sexos.*

Abundio. Qué es lo que veo?

Eufrasia. Qué escándalo!

Isabel. Cielos! (*Levantándose.*)

Carlos. No se asuste usted, señorita. (*Sin soltar la mano de Isabel, se acerca á ella, á don Abundio y á su muger.*) Señor don Abundio, señora doña Eufrasia, tengo el honor de pedir á ustedes la mano de su sobrina.

Isabel. (*Sin poder reprimir su gozo.*) Oh!

Eufrasia. De veras?

Felix. (*A don Carlos.*) Tú casarte?

Abundio. Pobre sobrina mia!

Lucia. Pobre Isabel! (*Aparte.*)

Carlos. Señora, poco tiempo hace que usted misma me propuso este enlace; reclamo el cumplimiento de aquella promesa: consienta usted en mi felicidad. (*Aparte á ella.*) No pido dote.

Eufrasia. Isabel, ya eres de don Carlos.

Abundio. Muger, teme á Dios...

Eufrasia. Abundio, calla.

Carlos. Si no fuera cosa larga, pudiéramos firmar los dos contratos á un tiempo.

Notario. En un periquete le estiende mi amanuense. (*El escribiente se sienta, Carlos le dicta en voz baja sus instrucciones, y el notario dirige la redaccion.*)

Lucia. (*Aparte á Isabel.*) Lo has reflexionado bien, Isabel? Mira que ese hombre no es para marido.

Isabel. Qué quieres? el corazon me dice que me hará feliz.

Lucia. Tan calavera!

Isabel. Lo ha sido de jóven; cada cosa en su tiempo.

Lucía. En fin, Dios te oiga.

Isabel. Y á ti te haga tan dichosa como yo deseo.

Lucía. Oh! Felix es el modelo de los jóvenes.

Isabel. Ojalá lo sea tambien de los maridos. (*Isabel y Lucía firman los contratos: los novios en seguida.*)

Abundio. (*Aparte á su muger.*) Eufrasia, si es degraciada, tú tendrás la culpa.

Eufrasia. (*Algo conmovida.*) Yo estaré á la mira: no los dejaré de la mano.

Abundio. (*Aparte.*) Pues entonces mas les valiera remar en galeras. (*El notario presenta la pluma á los padres, que van á firmar; entretanto Carlos y Felix se adelantan al proscenio.*)

Felix. Casarse un hombre que tiene del matrimonio la idea que tú!

Carlos. Ya no la tengo, y sigo tu ejemplo.

Felix. En cuanto á mí, Carlos, es diferente: yo me caso por amor...

Carlos. Y yo por un acaso... ciego es el amor, ciego tambien el acaso .. dejemos al tiempo; él dirá quién es mas á propósito para marido, si el que como tú se casa con las pasiones enteras, ó el que como yo las lleva ya gastadas. (*Vuelven á donde estan sus novias, y cae el telon. Cuadro general.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa la sala de una casa particular elegantemente amueblada. Puertas en el fondo y á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS.

(*Entra por el foro, y deja sobre una mesa los guantes y el sombrero.*)

Por hoy, á Dios gracias, ya estoy libre de negocios; de todos menos del mas importante, del mas grato á mi corazon; celebrar el cumpleaños de mi muger. (*Toma el Calendario de encima de la mesa y lee.*) Calendario para el año de 1839... Veamos: Agosto... eso es; á 15 La Asuncion de nuestra Señora... Y ella no se acuerda de semejante cosa; yo se lo recordaré cuando tenga en casa el regalo que la preparo: pero entretanto, qué hará? (*Llamando.*) Isabel!—Es singular: sé que está á dos pasos de mí; y cuando no sale á recibirme, cuando no viene á tenderme la mano en la puerta misma, me falta algo, no estoy en mi centro... Y no me responde... Isabel! Isabel!

ESCENA II.

CARLOS. ISABEL, *se presenta en la puerta de la derecha.*

Isabel. Calla, alborotador; que está durmiendo.
Carlos. (*Acercándose á la puerta.*) Pido perdon y callo,

pues que duerme. (*Mirando adentro y asiendo la mano de su muger.*) Qué mono es nuestro Carlitos! Tu retrato, Isabel.

Isabel. No digas eso: á tí sí que se te parece.

Carlos. Te digo que á tí.

Isabel. Mira que lo vamos á dispertar; no disputemos.

Carlos. Bien: pero déjame decirte muy bajo, muy bajito, que te adoro, Isabel mia, y despues de tí á nuestro hijo.

Isabel. Embustero! (*Mirando á su cuarto.*) Pero qué hermoso es! y qué talento tiene! va á ser un hombre de mucho provecho.

Carlos. Yo lo creo; que llegará á donde quiera llegar.

Isabel. Será artista ó abogado.

Carlos. Isabel, me parece mejor que sea militar.

Isabel. Y las balas? No, no: abogado, y despues lo que quiera.

Carlos. En la carrera de las armas se aprende á vivir.

Isabel. Y á morir: te digo que no le quiero soldado. A su madre le toca elegir su profesion.

Carlos. No por cierto: á su padre.

Isabel. Te digo que á mí...

Carlos. Y yo que á mí...

Isabel. Carlos!

Carlos. Mira, no grites, que vas á dispertar al niño.

Isabel. Tienes razon; hablemos bajo.

Carlos. Sabes que tiene gracia reñir sobre la carrera que hemos de darle á un niño que aun no ha cumplido dos años?

Isabel. Dejémoslo: no me recuerdes, que tengo otros motivos...

Carlos. Otros!... Oyes; sí, ahora me acuerdo: el otro dia, despues de tres años de matrimonio y de felicidad, nos enfadamos por la vez primera. Ello la riña no duró mucho; pero al cabo fue riña; y lo peor del cuento es que te veo dispuesta á renovarla con demasiada frecuencia. Mira, Isabel; ese airecito desdeñoso te sienta muy bien; pero, francamente, no lo necesitas para hacerte amar cada dia mas.

Isabel. (*Dudosa.*) De veras?

Carlos. Demasiado lo sabes. Veamos; por qué es el enfado? de qué crimen soy culpable?

Isabel. No tienes presente que te he dicho que mi amor es tal, que hasta de lo pasado tiene celos?

Carlos. (*Aparte.*) Lo pasado!... precisamente por ahí flaqueo...—Pero, Isabel, esa es una niñada.

Isabel. Y ademas, si me comparo con otras... con mi prima, por ejemplo... su marido quiere á Luisa mucho mas que tú á mí.

Carlos. Cómo tienes valor de decir semejante cosa, Isabel?

Isabel. Felix en sociedad no tiene ojos mas que para mirar á Lucia; no se aparta de su lado ni un instante; jamás dirige la palabra á ninguna señora, ni por cortesía; tanto que se le moteja de uraño: mientras que tú eres galante...

Carlos. Soy cortés, y nada mas.

Isabel. Derretido y amable.

Carlos. Amable, sea; miren qué delito! Lo soy con todas, pero delante de tí, sin ocultarme, sin rebozo alguno; prueba de que lo hago sin objeto ni misterio.

Isabel. Y qué atenciones tan delicadas, tan continuas, tiene Felix con su muger!

Carlos. No las tiene mayores que yo contigo.

Isabel. Hace seis meses, cuando tuvo aquel desdichado pleito que tanto disgusto le causaba, y del cual segun nos dijo dependia una gran parte de sus rentas, acuérdate cómo se manejó para que Lucia no sospechase siquiera tal desgracia, haciendo que su procurador pusiera tu nombre en el sobre de las cartas que le escribia. Asi su muger ignoraba las penas que le atormentaban, y que él reservaba solo para sí. Eso es amor: á que no se le hubiera ocurrido otro tanto al señor don Carlos?

Carlos. Ya se vé que no. Yo fuí quien le sugirió ese espediente.

Isabel. Tú?

Carlos. Sí: aunque en honor de la verdad, tampoco soy el inventor... Es un arbitrio tan antiguo... como los maridos. De tiempo inmemorial es costumbre que se ponga á tercera persona el sobre de las cartas que pudieran inquietar... á cualquiera.

Isabel. Sí, ya te entiendo; es medio que sin duda has puesto en práctica con frecuencia.

Carlos. No digo eso; pero... (*Aparte.*) Pues señor, rebuz-

né... (*A ella.*) Isabel, no te me vuelvas á enfadar.

Isabel. Y por esta vez muy de veras.

Carlos. Vamos, que no.

Isabel. Te digo que sí.

Carlos. No te ablandarán mis súplicas?

Isabel. No: no te perdono.

Carlos. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Nunca?— Mira, lo hemos despertado; y por causa tuya.

Isabel. (*Tendiéndole la mano.*) Carlos, Carlos!

Carlos. Asi me gusta, sin rencor; y que ese niño no nos oiga hablar nunca mas que de amor y felicidad. Anda á ver qué quiere el futuro abogado. (*Entra Isabel en su estancia.*)

ESCENA III.

DON CARLOS. *Luego* JOSÉ.

Carlos. Por qué estará celosa esta muger? Por mas que me examino la conciencia no hallo ni la sombra de una infidelidad... Tate, tate; ya dí con ello. Esta será alguna nueva invencion de nuestra amabilísima tia... Escelente señora! Dios la bendiga... En venganza tal vez de que para sustraerme á su diabólica intervencion en nuestros asuntos, he dejado la calle Mayor y su casa, evitando con la fuga que nos hiciera aborrecernos; sabe el cielo de qué quimeras habrá llenado la cabeza á mi pobre Isabel... Eh! yo le probaré que no tiene motivos de recelar... Ahora celebremos su cumpleaños. (*Al foro.*) José, José! (*José en la puerta.*) El cabriolé... Oyes, llevaste mi carta al señor don Felix?

José. Sí señor; y han dicho que no faltarán.

Carlos. Y tu señora, no se ha apercibido de nada?

José. No señor.

Carlos. Bueno; despáchate. (*Vase José.*) Qué sorpresa cuando vea á Felix y á su muger! Celebraremos en familia con los primos el cumpleaños de mi Isabel; alegremente, merced á la ausencia de la tia.

José. (*Desde la puerta.*) El señor don Abundio.

Carlos. (*Sobresaltado.*) Cielos! con su muger?

José. No señor: solo.

Carlos. Eso es tra cosa... Que entre. (*Vase José.*) De él nada temo.

ESCENA IV.

DON CARLOS. DON ABUNDIO.

Carlos. Cómo va ese valor, amigo y respetable tio; cómo va ese valor?... Parece que bien... Y la señora?... sin novedad? Lo celebro. Se quedó en casa?... Oh! Ha hecho muy bien; con nosotros son inútiles los cumplimientos.

Abundio. (*Con gravedad severa.*) Caballero...

Carlos. Espera: voy á llamar á mi muger, que tendrá mucho gusto en verte.

Abundio. No: no la llame usted; á quien tengo que hablar y á solas es á usted.

Carlos. Caballero y usted! Qué quiere decir esto? qué significa ese modo de mirarme?

Abundio. Oigame usted: mi muger me ha mandado adelantarme...

Carlos. Adelantarte? Luego va á venir...

Abundio. Usted lo ha dicho.

Carlos. (*Aparte.*) Está visto: no puedo salir de ella.

Abundio. Entretanto, señor mio, tengo que hacer á usted muy sériamente una pregunta. Son ustedes felices?

Carlos. Quiénes?

Abundio. Mi sobrina y usted.

Carlos. Yo, mil veces mas de lo que merezco.

Abundio. No se trata de usted.

Carlos. Sí, vive Dios, sí se trata; y gracias á tí, ó mas bien gracias á mi buena estrella, que me ha hecho dueño de un verdadero tesoro. Sí, mi Isabel es un tesoro; y estoy por decirte que siendo el matrimonio una lotería, en que de mil bolas una sola sale premiada, y las demas en blanco, lo mejor es imitar mi ejemplo: meter la mano en el bombo cerrando los ojos, que lo que está de Dios á la mano se viene.

Abundio. Le digo á usted que no es eso.

Carlos. Y yo te repito que sí; que el que mas mira menos vé, y no hay mas que fiarse *al acaso*; al acaso, que me ha dado á mí un angel por muger, y ha con-

vertido al mas calavera de los hombres en el mas fiel y mas tierno de los maridos.

Abundio. Hay cosa mas rara! Este hombre, al parecer, habla de buena fé; y sin embargo, mi muger dice...

Carlos. No te entiendo una palabra.

Abundio. Le repito á usted, caballero, que no se trata de usted, sino de saber si mi sobrina Isabel es dichosa.

Carlos. Me lisongeo de que lo es, y mucho, tanto como hermosa y buena. La vida de casado me parecia intolerable, antes de serlo; cómo me engañaba! Al lado de Isabel, sin saber cómo, sin esfuerzo, me he habituado á ella... y al trabajo, y al orden... Ya lo sabes; soy uno de los corredores que mas negocios tienen en la bolsa... Dentro de esta casa se cifra para mí el mundo y la felicidad; á mis amigos, es decir, mis compañeros de locuras, poca dificultad me costó olvidarlos, porque siempre los apreció en lo que valian. De las queridas no hablemos; ya tiempo hacia que no me engañaban... hice auto de fé con todas sus cartas... un legajo formidable, caro Abundio... El fuego consumió tambien cierta coleccion de rizos que me envidiára un peluquero... y no se eximieron del brazo seglar ni retratos ni sortijas... Purifiqué mi gabeta al mismo tiempo que mi corazon, donde reina Isabel sin rivales: nuestro hijo es parte de ella; es un pedazo del alma de entrambos. No tengo mas amigo ni mas querida que Isabel. Fuí loco, pero de soltero: cada edad tiene sus errores, sus estravíos: pasaron los de mi mocedad, que concluyó el dia que me casé, para dar lugar á la reposada vida del padre de familia.

Abundio. (*Que ha escuchado con entusiasmo.—Aparte.*) Qué diantres me decia Eufrasia!... (*A Carlos, asiéndole la mano.*) Carlos, perdona que te haya juzgado mal. Me has enternecido, me has hecho llorar de gozo: eres el modelo de los esposos.

Carlos. De veras lo crees?

Abundio. (*Abriéndole los brazos.*) Querido sobrino!

Carlos. (*Abrazándole.*) Mi buen tio! (*Doña Eufrasia al foro.*)

ESCENA V.

DICHOS *y* DOÑA EUFRASIA.

Eufrasia. (*A su marido.*) Qué estás haciendo, hombre débil, qué estás haciendo? Es ese el porte que las circunstancias exigen? es eso lo que yo te habia encargado?

Abundio. Muger, sosiégate... Si supieras!... no hay nada de... Vamos, si le hubieras oido como yo... Mira, todavia tengo las lágrimas en los ojos...

Eufrasia. Pues que tú eres tan pusilánime como acostumbras, tendré yo que hablar, y hablaré con firmeza.

Carlos. En verdad, querido tio, dejemos hablar á mi amable tia: sus discursos son siempre edificantes.

Eufrasia. (*A Carlos haciéndole una cortesía con frialdad y despego.*) Señor don Carlos Rivahermosa...

Carlos. (*Ofreciéndola una silla que Eufrasia rehusa colérica.*) Señora doña Eufrasia Romero y Lanzadera... Qué ademanes tan trágicos! De veras, que es magnífica figura la de mi tia política.

Eufrasia. Con que es cierto, señor mio, con que es cierto! Mis presentimientos, las reconvenciones que mas de una vez me he hecho á mí misma, mis remordimientos, en fin, eran justos?

Carlos. Remordimientos, señora? Seria posible que se hubiese usted deslizado...

Abundio. Cómo! qué es eso? Entendámonos: de qué se trata?

Eufrasia. Sí señor, mis remordimientos; porque al cabo yo soy la que hice ese matrimonio funesto, ese deplorable himeneo.

Carlos. Deplorable himeneo!... matrimonio funesto!... Decididamente es tragedia lo que representamos.

Eufrasia. Ahora, caballero, que ya ha dejado usted mi casa, huyendo sin duda de que mi perspicacia penetrase los misterios de su conducta y descubriera sus intrigas...

Carlos. Señora!

Eufrasia. Pudiera usted hacerme el favor de suplicar á los que, ó mejor dicho, *á las que* le escriben, que no dirijan sus cartas á mi habitacion.

Carlos. Las que me escriben á mí!

Eufrasia. Puede usted tranquilizarse... no he leido la tal carta, y Dios me libre de leerla... pero el papel perfumado, los garabatos del sobre, y el mote del sello: «Contigo pan y cebolla...

Abundio. (*Sorprendido.* Cómo! cómo!

Carlos. (*Lo mismo.*) Eh! (*Isabel al paño, oye las últimas palabras y escucha con señales de grande inquietud.*)

ESCENA VI.

DICHOS *é* ISABEL, *al paño.*

Eufrasia. Ademas la bruja portadora de la carta se ha encontrado por su desgracia cara á cara conmigo, y aterrada por mis amenazas ha confesado de plano. Sí señor, la carta es de una muger... De una Eloisa Piedrabuena, que vive calle de Atocha...

Carlos y Abundio. (*A un tiempo.*) Eloisa!

Isabel. Desdichada de mí, qué es lo que oigo! (*Cierra enteramente la puerta y vase.*)

ESCENA VII.

DON ABUNDIO. DOÑA EUFRASIA. CARLOS.

Eufrasia. Tome usted, caballero; tome usted su carta... para nada la quiero. Me voy: en este momento no debo ver á mi sobrina; la cólera me haria decírselo todo y... Adios, señor don Carlos.

Carlos. Pero por amor de Dios, señora, oigame usted.

Eufrasia. Caballero, ni un minuto mas; ya es tiempo de poner término á este escándalo. (*Vase.*)

Carlos. Abundio, tú serás mas racional y me oirás...

Abundio. Caballero, me refiero á las palabras de mi muger: *ya es tiempo de poner término á este escándalo.* (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CARLOS. *Despues* ISABEL.

Carlos. Escándalo, escándalo!... Y en efecto, la carta es de Eloisa... sí; su letra, su sello... (*Leyendo.*) «A don Carlos Rivahermosa, corredor de número, calle Mayor, portales de Guadalajara...» Es cosa de perder el juicio... De quién será la idea de tan pesada broma?... (*Pónese á leer la carta en alta voz; Isabel vuelve á aparecer en la puerta de su cuarto, y silenciosamente se acerca á su marido por la espalda.*) «Ingrato...» (*Estupefacto.*) Ingrato! «cuatro dias hace que estoy de vuelta; lo »sabes; y no has venido á verme. Olvidaste ya el ju»ramento de constancia y fidelidad hecho á mis pies al »separarnos no ha dos meses...» Dos meses!... (*Vuelve á »leer.*) «Ah! cuán cruelmente me has engañado! Pero »no: ven, y una palabra tuya hará que todo lo olvide. «Ven, que te espero impaciente...»

Isabel. Ya lo oye usted, que le espera impaciente.

Carlos. Isabel! Cielos!

Isabel. Te espera impaciente. Quién te detiene?

Carlos. Con que supones?

Isabel. No: mis celos eran injustos.

Carlos. Injustos, y basta no mas.

Isabel. Como lo prueba esa carta.

Carlos. Esta carta es una broma infernal... un chasco diabólico. Y no acierto á imaginar quién me la ha escrito.

Isabel. Te la ha escrito esa muger.

Carlos. (*Con afectada serenidad.*) A quien no conozco.

Isabel. (*Con amarga ironía.*) No la conoces?

Carlos. No por cierto.

Isabel. Estás seguro?

Carlos. Pues no he de estarlo! pero me lo preguntas con un tono...

Isabel. Hace poco te quejabas de que me habia hecho celosa de algun tiempo á esta parte... Quiéres saber la causa? Mírala. (*Saca del pecho un billete y se lo entrega á Carlos, quien despues de examinarlo se queda como aterrado.*) Cuando nos mudamos pareció detras del armario de tus papeles... se estravió sin duda cuan-

do el dia de nuestra boda quemaste otros muchos.... Mira la firma... «Eloisa.» Mira el sello... «Contigo pan y cebolla.» Dime ahora que no la conoces.

Isabel. Las apariencias me condenan; pero...

ESCENA IX.

CARLOS. ISABEL. JOSÉ, *en la puerta.* *Luego* DON FELIX *y* LUCIA.

José. El señor don Felix y su señora. (*Vase.*)

Carlos. A tiempo vienen.

Isabel. Lucia sí que es feliz; ella sí; pero yo...

Carlos. Cuando quieras oirme yo te probaré...

Isabel. Qué me has de probar contra lo que veo? Déjame. (*Don Felix y Lucia entran apresuradamente y con señales de alegria. Aquel da la mano á don Carlos, y esta abraza á su prima. Durante esta escena Carlos é Isabel disimulan mal su enojo é impaciencia.*)

Lucia. Ah! ya estamos en familia; qué placer! Desde que has puesto casa, no acierto á vivir en la nuestra. Primo, desde que ayer recibimos tu carta no pensamos mas que en el convite de hoy, esperando impacientes la hora...

Felix. Si por cierto; ni en el Prado ni el teatro nos hallábamos á pesar de que fuimos como siempre juntos, porque ya lo sabeis, nunca nos separamos... lo mismo que vosotros.

Carlos. (*Impaciente.*) Precisamente: lo mismo que nosotros.

Lucia. Nos queremos tanto! En fin, como vosotros.

Isabel. Sí... como nosotros.

Lucia. Es preciso confesar, prima, que hemos sido muy dichosas. A mi Felix me quiere como el primer dia.... de Carlos no hay que hablar... Mi marido es un poco uraño con las mugeres, y aunque yo le agradezco el motivo, quisiera que no diese que decir; el tuyo es mas amable, mas galante.

Felix. Y qué me importa lo que digan las gentes, si tú estás contenta, esposa mia...?

Lucia. Zalamero! Pero asi me tiene tonta... Carlos, á pe-

sar de ser sociable, no por eso te quiere menos; á su manera.

Isabel. Sí á su manera, que no se parece á la de tu marido.

Felix. Cómo!

Lucia. Qué dices, prima?

Carlos. Isabel, á lo menos espera á que nos entendamos, á que yo te esplique...

Isabel. Nadie te pide esplicaciones; no las necesito, tengo pruebas.

Lucia y Felix. Pruebas!

Lucia. Pero qué teneis? esplicaos.

Isabel. Qué tengo? Si supieras qué desgraciada soy!

Lucia. Desgraciada!

Felix. Es posible?

Carlos. Pero Isabel...

Isabel. Déjame en paz; no me atormentes. (*Entra en su cuarto: Lucia la sigue.*)

ESCENA X.

DON CARLOS. DON FELIZ.

Felix. (*Aparte.*) Pues, señor, está visto, no hay paz en esta casa. Siempre dije yo que era imposible.

Carlos. Quién la convence ahora? Ni frailes descalzos. Pero quién diablos me juega esta pasada? Por vida de Isabel que si lo supiera lo habia de pagar caro el muy bellaco!

Felix. (*A Carlos en tono dogmático.*) Yo bien conozco, Carlos, que el hombre es frágil, y que no siempre puede vencer sus pasiones...

Carlos. Qué dices?

Felix. Pero el reposo, la felicidad de una muger cuya existencia está irrevocablemente ligada con la nuestra, deben tomarse en consideracion.

Carlos. Digo yo lo contrario?

Felix. En casos tales debemos, es decir, debias salvar las apariencias.

Carlos. Qué apariencias?

Felix. Y ya que faltáras á tu esposa, ya que fueras cul-

pable, conocer que todavia es mayor delito no ser cauto que cometer una infidelidad.

Carlos. Felix; yo no he sido ni soy infiel á mi muger.

Felix. Bien está: yo no soy tu confesor. En cuanto á lo que piensas del matrimonio, en otro tiempo me lo has dicho: y en realidad, lo que hoy pasa entre tu muger y tú no podia menos de suceder. Vuestras inclinaciones y caracteres son enteramente diversos.

Carlos. Si no hay tal.

Felix. Te digo que no podia salir bien un matrimonio, como el tuyo, improvisado: una calaverada como todas las de tu juventud.

Carlos. Anda con dos mil demonios, hablador impertinente! Siempre estais echándome en cara mi juventud; ya se ve que he sido joven, demasiado tal vez! pero al cabo, á su tiempo; y ya el tiempo tambien me ha corregido.

Felix. Si te enfadas...

Carlos. No me enfado; pero tengo prisa; veamos tu *conclusion*, señor agente fiscal.

Felix. Vuelvo á mi tema: sé cauto; salva las...

Carlos. Las apariencias, eh?... No tengo apariencias que salvar; no tengo que ocultar ni que disimular nada, absolutamente nada.

ESCENA XI.

DICHOS. JOSÉ.

José. Señor! (*Haciéndole señas.*)

Carlos. Qué hay? A qué son esos misterios?

José. Temí que estuviese aqui la señora... (*Acercándose á Carlos y bajo.*) Ya está el cabriolé...

Carlos. (*Aparte.*) Ah, si! tengo que ir á buscar el aderezo y el ramillete.

Felix. (*Aparte.*) Digo! Y luego me dice que no tiene que ocultar.

Carlos. (*A José.*) Bien, allá voy... (*Vase José.*) Buenos estamos ahora para regalos... Yo desesperado y mi pobre Isabel celosa... (*Quédase un instante pensativo, y luego dándose una palmada en la frente esclama.*) Ah! Escelente idea... asi saldremos de dudas.

Felix. Qué agitado, qué inquieto!

Carlos. Sea, pues, que no hay otro remedio... De algo me ha de servir el pasar por calavera... Hagamos la última para recobrar la paz... A Dios Felix. (*Tomando el sombrero.*)

Felix. Adonde vas? Y si me pregunta por tí tu muger?

Carlos. Ah! si te pregunta dile que un negocio importante... cosa de una hora... mira dile lo que quieras... *salva las apariencias.*

Felix. Entiendo, entiendo.

Carlos. Pues que tu sistema es mentir, miente.

Felix. Siguiendo mi sistema harás feliz á tu muger.

Carlos. Ah! Golilla, golilla!... Pecho al agua, una de populo bárbaro, y salga el sol por Antequera. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON FELIX.

La muger encerrada en su cuarto llorando; el marido se va á la calle hablando solo como un loco y golpeándose el pecho... son desgraciados sin duda... Pobres primos! pobres primos! Lo peor es que dificilmente estarán nunca en paz... Oh! bien haya mi cautela, que tiene á Lucia satisfecha y la casa como una balsa de aceite! Bien haya amen.

ESCENA XIII.

DON FELIX. *Al foro* JOSÉ *con* PEDRO.

José. (*A Pedro.*) Mira: ahí lo tienes.

Felix. (*Oyéndolos.*) Qué es eso? Quién está ahí?

José. Es Pedro, señor don Felix, que pregunta por usted?

Felix. (*A Pedro.*) Hola! eres tú? qué me quieres?

Pedro. (*Adelantándose y aparte á él.*) Tengo que hablar á solas con usted.

Felix. (*A José.*) Déjanos solos. (*Vase José.*) Di ahora qué ocurre.

Pedro. No nos oye nadie?

Felix. No hombre; despacha.

Pedro. Entonces sepa usted que un lacayuelo muy lechu-

guino... el que suele venir con cartas para don Carlos...

Felix. Bien, bien: adelante.

Pedro. Pues acaba de llegar al almacen á preguntar si usted estaba enfermo.

Felix. Si yo estaba enfermo?

Pedro. Pues: como no ha respondido usted á la carta que ayer le escribió *su procurador.* (*Maliciosamente.*)

Felix. (*Con extremada agitacion.*) Una carta de mi procurador! La tienes tú? Dámela.

Pedro. Quiá! No señor; si no hay tal carta, ni para usted se ha recibido ninguna en estos dias.

Felix. Y para el señor don Carlos?

Pedro. Para don Carlos?.. Aguarde usted... Sí señor: ayer una vieja... Y qué malas trazas tenia la bribona...

Felix. Quién tiene esa carta, pelmazo?

Pedro. La señora.

Felix. Mi muger!!!

Pedro. No señor: mi ama; doña Eufrasia que se encargó de traérsela á D. Carlos.

Felix. (*Aparte.*) Respiro: Carlos me la dará.

Pedro. Pero, como decia, parece que *su procurador* de usted está hecho una furia, segun me ha dicho el lacayo con quien he pasado un buen rato charlando; si señor, hecho una furia, porque usted le ha contestado.

Felix. Bueno, bueno.

Pedro. Y dice que es usted un ingrato, un mónstruo en proceder asi con quien le prefiere á un *Par de Francia*, que queria llevársele á Paris... y... en verdad que un *Par de Francia* debe de ser muy buen acomodo para un procurador, eh!

Felix. Calla hablador, calla. Busca al lacayo; dile que iré al instante que pueda á ver á... al procurador... tal vez esta noche... que se tranquilice...

Pedro. Pero señor, si...

Felix. Mi muger! vete al instante... (*Le dá dinero y le empuja hácia la puerta.*) Y cuidado con que digas á nadie...

Pedro. No señor, no; á nadie hablaré de *su procurador* de usted. (*Vase Pedro. Sale Lucía del cuarto de Isabel. D. Felix se apresura á salir á su encuentro.*)

ESCENA XIV.

LUCIA *y* DON FELIX.

Felix. Y bien, que hay, Lucia?

Lucia. Qué ha de haber, Felix mio? Que no todos los maridos son tan buenos como tú.

Felix. No seas lisonjera, esposa amada.

Lucia. No por cierto, soy justa; y cuando me comparo con mi prima...

Felix. Sabes, en fin, por qué han reñido?

Lucia. Aun no; me lo iba á contar; pero acercándose al balcon vió á la puerta el cabriolé de su marido, y dejándome envió á la doncella á buscar un coche; mientras venia se puso mantilla y basquiña...

Felix. Qué me dices?

Lucia. Y se ha ido detrás de Carlos: pero tú estás distraido, Felix, qué tienes?

Felix. Nada, no... sino que... alguien viene... Es padre.

ESCENA XV.

DICHOS *y* DON ABUNDIO, *con aire misterioso.*

Abundio. Silencio... hablad bajo... me alegro encontraros solos, hijos... Mi muger me ha enviado delante de esplorador... Han reñido los primos?... Confesó Carlos sus culpas? Ha pedido perdon?

Lucia. Pero qué culpas son las de Carlos?

Abundio. No las adivinas, hija del alma?... Una infidelidad...

Lucia. Una infidelidad!

Abundio. Mas bajo; y tu prima está celosa...

Lucia. Pobre Isabel! Celosa! Ahora ya entiendo... (*Volviéndose á su marido.*) Dichosa yo, Felix, que con un hombre como tú no tengo que temer desgracia semejante.

Abundio. Y yo conozco á la pobre Isabel; va á ser desgraciada toda su vida, toda. No es como otras, la infeliz; y no se consolará nunca... su corazon es demasiado sensible...

Lucia. Calle usted padre, calle usted por Dios.

Felix. Pero á nosotros, sus parientes, nos toca calmarla y persuadirla poco á poco de que debe perdonar... No es esto, Lucia?

Lucia. Perdonar!!!

ESCENA XVI.

DICHOS *y* DOÑA EUFRASIA.

Eufrasia. Quién habla de perdonar!

Abundio. (*Aparte.*) Mi muger!

Felix. (*Aparte.*) Mi suegra! Esta nos faltaba.

Eufrasia. Perdonar á un esposo infiel! Imposible... La palabra perdon no existe en el diccionario de la familia de los Romeros...

Felix. Con todo, señora...

Lucia. Felix, madre tiene razon, y yo opino lo mismo que ella.

Felix. Tú, Lucia! Es posible?

Lucia. Sin duda; y si me hallára en la posicion de Isabel... si pudiera imaginar un instante que... Vamos, de pensarlo solo se me sube la sangre á la cabeza... me estremezco.

Abundio. Pues; como Isabel, de dolor...

Lucia. No señor: de cólera... de resentimiento; pero de una cólera... de un resentimiento, de aquellos que nunca perdonan, de aquellos que nunca olvidan.

Eufrasia. Bien, hija mia, bien: no niegas la sangre de tu madre. Dios te bendiga.

Lucia. Correria las sociedades, los bailes, los teatros, los paseos; escucharia á cuantos galanes se me acercasen... para desesperarte... (*A don Felix.*) y no pararia hasta vengarme.

Felix. (*Aterrado.*) Por el amor de Dios, Lucia!

Lucia. Sí, dejémoslo; asi como asi, tú eres tan bueno, Felix, que contigo no hay que temer tal desgracia.

Abundio. No, con este no; que es muy juicioso.

Eufrasia. Sí, es un buen marido: pero su muger tiene razon, Abundio; y si tú te hubieras deslizado alguna vez en lo mas mínimo, si llegára á mi noticia que quebrantabas la fidelidad conyugal...

Abundio. Qué, muger, qué hubieras hecho?

Eufrasia. No lo sé: pero vengarme de una manera inaudita.....

Abundio. (*Aparte.*) Si hubiera descubierto mis escapadas con Carlos!

Felix. (*Aparte.*) Estoy en el potro... Si habrá leido Carlos la maldita carta?

ESCENA XVII.

DICHOS É ISABEL *que entra pálida y descompuesta por el foro.*

Isabel. (*Dejándose caer en un sillon.*) Ah! (*Quítase la mantilla y la arroja sobre otra silla.*)

Eufrasia. Desdichada criatura!
Lucia. Pobre Isabel!
Abundio. Víctima desdichada!... } *Rodeándola.*

Isabel. (*Levantándose y procurando ocultar su pena.*) Pero si no tengo nada... nada. Ni hay para que compadecerme... Yo no padezco... soy feliz.

Todos. Feliz!

Isabel. Sí; feliz. Estan ustedes engañados, como yo lo estaba no hace mucho. Mi marido no es inconstante: ahora ha salido para hacerme un obsequio... Véanlo ustedes cargado de regalos para mí... Hoy cumplo años.

Abundio. Y es verdad.

ESCENA XIII.

DON ABUNDIO. DON FELIX. ISABEL. DOÑA EUFRASIA. LUCIA *y* CARLOS. (*Este entra con un aderezo en la mano, y le sigue un criado con algunas cajas de carton.*)

Carlos. (*Saluda á todos y en seguida se dirige á su muger.*) Me perdonarás que haya salido sin decirte nada, en consideracion á que lo he hecho en tu obsequio?

Isabel. Ah! En mi obsequio!

Carlos. Digantelo esas frioleras. (*Presentando los regalos.*)

Isabel. Yo te lo agradezco.

Carlos. De veras?

Isabel. Y por qué no?

Carlos. Asi me gusta: hoy dia de tu cumpleaños era cruel ponerme mala cara...

Isabel. (*Viendo que los demas la observan tiende la mano á su marido que la besa entusiasmado.*) Tienes razon... no hablemos ya de lo pasado.

Abundio. (*Aparte á su muger.*) No me gusta esto: tanta calma anuncia un huracan.

Eufrasia. (*Aparte.*) En los ojos se le conoce á la infeliz lo que padece.

Carlos. (*Aparte.*) Las palabras no estan de acuerdo con el semblante. Temblando estoy.

Lucia. (*Aparte á D. Felix.*) Es infame engañarla de este modo. (*D. Felix se encoje de hombros.*)

Isabel. (*Aparte.*) Traidor! con qué hipocresia se conduce. (*Estos apartes deben decirse con suma rapidéz y casi simultáneamente. Isabel se acerca á su prima y la habla en secreto; Lucia hace señas á los demás, que la siguen, y entra en el cuarto de su prima con D. Abundio y doña Eufrasia; don Felix se queda atrás, y se acerca á Carlos á preguntarle por la carta; pero el marido de Isabel no le atiende.*)

ESCENA XIX.

ISABEL. DON CARLOS.

Carlos. Cuánto te agradezco, Isabel mia, que hayas aceptado el aderezo. Eso prueba que se desvanecieron las injustas sospechas.

Isabel. (*Arrojando el aderezo sobre la mesa.*) Eso prueba que no quiero que nadie conozca mis penas, ni presencie nuestros disturbios...

Carlos. Dudarás todavia?

Isabel. No por cierto; no dudo: pero dime: de dónde vienes?

Carlos. Ya lo sabes... (*Señalando los regalos.*) Queria celebrar tu cumpleaños; ahí tienes todo el misterio.

Isabel. Todo!.. Faltas á la verdad, Carlos: primero has ido á la calle de Atocha.

Carlos. Cielos! Me has hecho seguir?

Isabel. No: te he seguido yo misma; te he visto entrar en la casa donde vive la *señora* doña Eloisa Piedrabuena.

Carlos. Es verdad: he ido á buscarla para aclarar el misterio que me abruma desde esta mañana. Sí; queria saber quién se empeña en que pase aun revista en la compañia del trueno, cuando hace años tomé por cumplido la licencia absoluta. En fin, Isabel, iba á buscar la esplicacion de la maldita carta...

Isabel. (*Irónica.*) De veras ibas á eso? Y qué te ha dicho esa *señora*?

Carlos. Nada, porque no la he visto. Acababa de partir...

Isabel. De partir; y en su último billete... fecha de ayer noche, te daba una cita para hoy por la mañana?

Carlos. Será: pero entonces se cansó de esperar inútilmente. He llamado á todos los cuartos uno por uno, y despues de cincuenta campanillazos un vecino me dijo que el pájaro ya habia volado. Se fué á Paris.

Isabel. Hola, hola!

Carlos. En silla de posta y en compañia de un *Par de Francia* que viaja... á caza de gangas sin duda.

Isabel. Basta, caballero; basta de invenciones; y en lo sucesivo no se tome usted el trabajo de forjarlas. Sí, tres años he sido débil y crédula.

Carlos. Isabel; te juro que hace mas de seis que no veo á esa muger, ni tengo noticias suyas, ni sé de su vida. Créeme, aun no comprendo su carta, y te juro...

Isabel. Usted mismo la víspera de nuestro casamiento, al confesarme, decia, su vida pasada, me ha hecho conocer lo que sus juramentos valen en tales materias. Asi, pues, de nada servirán ahora palabras y protestas: lo que siento es haberlas creido hasta aqui... pero con tal arte ha disimulado usted su perfidia, que llegué á creerme feliz...

Carlos. Isabel, Isabel!

Isabel. No tema usted mas reconvenciones: al contrario, todavia tengo que agradecerle el haberme sacado de la opresion en que vivia, y...

Carlos. Muger, quieres desesperarme?

Isabel. Aunque en realidad, si mi tia me trataba con dureza, al menos no empezó como usted haciéndome conocer primero la felicidad, para despues...

Carlos. Pero óyeme siquiera dos palabras...

Isabel. Ni una; ni media... Hemos acabado para siempre. En público, y aun delante de nuestros parientes disi-

mularé. Para ellos he perdonado, para ellos soy una muger dichosa, una muger amante, como lo era hace pocos minutos. Entre nosotros, su cuarto de usted es aquel... (*A la izquierda.*) y este el mio. Para no dar escándalo viviremos bajo un mismo techo... mas Isabel no será nunca, nunca, Carlos, ni la compañera ni la rival de las mugeres que conoció usted en su juventud.

Carlos. (*Despechado.*) Está bien... como quieras. Soy un miserable, un pérfido, un perjuro... no hay epiteto bastante duro para calificar lo que soy... A todo se acostumbra uno, y yo me acostumbraré á mi posicion... acaso acabaria por reirme de ella... si tú no llorases.

Isabel. Calle usted... don Felix viene... Ya no lloro, ya estoy serena... No olvide usted que para los demas estamos reconciliados.

Carlos. Como tú quieras. (*Acércase á ella y va á asir su mano: Isabel la retira; mas Carlos señala la entrada de Felix, y su muger cede.*)

ESCENA XX.

DICHOS *y* DON FELIX.

Felix. Sea mil veces enhorabuena: veo que os habeis entendido y estais satisfechos, reconciliados de buena fé.

Isabel. Sí, primo: me engañé, fuí injusta.

Carlos. (*Con calor.*) Injustísima.

Felix. Pues que ya habeis hecho las paces...

Carlos. Sí, por cierto; sí las hemos hecho. (*Va á tomar la mano de su muger.*)

Isabel. (*Indignada.*) Déjeme usted.

Carlos. Que hay gente delante. (*La besa la mano.*)

Felix. Ahora, Carlos, podré sin ser importuno hablarte de mis negocios. Ya sabes aquel malhadado pleito que tanto me ha dado que hacer... pues se renueva.

Carlos. Qué desdicha!

Felix. Y ayer tarde ó esta mañana debes haber recibido una carta de mi procurador...

Carlos. Una carta de tu procurador? (*Sacando del bolsillo la que le entregó doña Eufrasia, y enseñando á Felix el sobre.*) Oyes, es esta la letra de tu procurador?

Felix. La misma... Dámela...

Carlos. (*Mirando á su muger con ternura y alegría.*) Isabel! Isabel! era para Felix.

Isabel. (*Arrojándose en los brazos de su marido.*) Carlos mio, con qué injusticia te he tratado! Me perdonarás?

Carlos. Perdonarte, y de qué? A quien no perdonaré en mi vida es al señor golilla, al moralista inflexible, al marido modelo con cuya conducta me afrentábais sin cesar. Venga usted acá, el del pleito: con que tiene usted por procurador á Eloisa Piedrahuena?

Felix. Mas bajo, Carlos: por Jesus, Maria y José, que no grites.

Isabel. Sí, no grites: su muger está en mi cuarto...

Carlos. Tienes razon: *salvemos las apariencias.* No es este tu sistema, cuervo?

Felix. Lo ha sido; pero renuncio á él para siempre: te lo juro, prima mia, por cuanto hay de sagrado. Los disgustos que esa carta nos ha causado á todos son tales que no los olvidaré nunca; y lo repito, renuncio para siempre, por mas que me cueste... Qué infeliz soy! Si dejo de ser culpable para la una, soy cruel con la otra.

Carlos. Otro misterio!

Felix. Tal es mi destino... En mal hora y para su eterna desgracia me conoció la sensible y fiel Eloisa... cuyo primer amor he sido yo... (*Carlos suelta la carcajada. —Isabel presenta á Felix una carta que este lee con asombro.—Leyendo.*) «Tuya eternamente.—Eloisa...» «Febrero de 1836.»

Carlos. (*Riéndose.*) Y en el sello: «contigo pan y cebolla;» y ahora corre la posta con un *Par de Francia.*

Felix. Y por una infame como esa trapacera he ofendido á mi Lucia! Oh! soy un...

Carlos. No lo digas, y sobre todo tan alto.

Isabel. Lucia viene.

Carlos. Y los suegros tambien; para esos yo soy el solo culpable; yo el calavera.

Isabel. Mas no para tu Isabel, Carlos mio. Me perdonarás mi injusta cólera?

Carlos. Por qué no, Isabel? Las apariencias me condenaban, y sobre todo los antecedentes: mi juventud.

Isabel. No me hables de eso: mas quiero que entonces tuvieses tus desvaríos que no ahora...

Carlos. Cada cosa en su tiempo: soltero fuí inconstante, casado no lo seré... Ni quien puede serlo teniendo una muger como tú?

Isabel. Carlos mio! (*Se abrazan.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. DOÑA EUFRASIA. DON ABUNDIO. LUCIA.

Eufrasia. Qué veo!

Abundio. Miralos!... ya se estan arañando! (*Llegando á separarlos.*) Vamos... vamos...

Lucia. (*Llegando á Isabel.*) Pobre Isabel! (*Don Carlos é Isabel, que permanecian abrazados, se vuelven hácia ellos y sueltan la risa.*)

Abundio. Calla! Pues no se arañaban!

Carlos. Arañarnos?... Qué disparate! Si esto era darnos un abrazo... y muy apretado. Verdad, Isabel?

Lucia. Con que tú le perdonas?

Isabel. Y qué he de hacer, Lucia!

Lucia. Ay! si hubiera dado conmigo!

Felix. (*Confuso y aterrado.*) No, Lucia: Carlos era inocente... y se ha justificado...

Lucia. Con alguna mentira!

Eufrasia. (*A don Felix.*) Tú, como eres tan bonachon, todo te lo crees.

Lucia. (*Agarrándose de su brazo.*) No te juntes con él, que te va á pervertir!

Carlos. (*Del cual se han desviado todos.*)

Asi el mundo comunmente
se equivoca, Isabel mia!
en apariencias se fia,
y condena al inocente!
Mas el que puro se siente
no sucumbe á la violencia
de tan injusta sentencia;
pues contra el mundo y su error
tiene un juez que da valor:
y este juez es su conciencia!

FIN DE LA COMEDIA.

eto de estado. 6
is de un coronel. 4
el Veronés. 6
le la tempestad. 6
la improvisada. 4
io el tapicero. 6
solterones. 4
ore mas feo de Francia. 6
oledana. 4
r. 6
go de una madre. 6
norias del diablo. 6
sa con dos puertas. 6
6
bofetones. 4
n vedado. 6
rio. 6
por interés. 6
me vuelvo. 8
n padre y ser buen hijo. 6
de Bilbao. 4
ell. 6
Paulina. 4
a de palo. 4
, viuda y casada. 4
stante. 4
i de Médicis. 6
llero de industria. 4
al el leñador. 6
a de Belle-Isle. 6
lo. 4
co y la huérfana. 4
o del hambre. 6
cripto. 6
dlacion de los inocentes. 6
celosos. 6
nicos del rey de Prusia. 4
lia de Castro. 6
bre de bien. 4
ajada. 6
ó el pastor de Florencia. 6
eto de familia. 6
entura de Carlos II. 4
inera. 4
:ader flamenco. 6
etario privado. 6
:rna de Alby. 6
lena. 6
nobleza. 8
o Perez y Felipe II. 8
6
enga sus agravios. 8
6

Ango. 6
Angelo, tirano de Pádua. 8
Amor y deber. 5
A un cobarde otro mayor. 4
Adel el Zegrí. 8
Baltasar Cozza. 8
Catalina Hovar. 6
Chiton !!! 5
Doña María de Molina. 8
Doña Urraca. 6
Doña Jimena de Ordoñez. 8
Doña Blanca de Navarra. 6
Diana de Chivri. 6
D. Rodrigo Calderon. 8
Dos granaderos. 4
Dos padres para una hija. 4
Elvira de Albornoz. 6
El desconfiado. 8
El hijo predilecto. 8
Emilia. 8
El astrólogo de Valladolid. 8
El pária. 8
El campanero de san Pablo. 6
El casamiento nulo. 4
El afan de figurar. 4
El peluquero de antaño. 4
El pobre pretendiente. 4
El hijo en cuestion. 4
Está loca! 4
El dómine consejero. 4
El compositor y la estrangera. 4
El duque de Braganza. 5
El pilluelo de París. 5
El soprano. 4
El gondolero. 6
El castillo de san Alberto. 6
El ramillete y la carta. 4
El comodin. 4
El mulato. 6
El marido y el amante. 4
Fray Luis de Leon. 8
Funcion de boda sin boda. 6
Garcilaso de la Vega. 8
Guillelmo Colman. 6
Hernani ó el honor castellano. 6
Hija, esposa y madre. 6
Intrigar para morir. 8
Incertidumbre y amor. 6
Intriga y amor. 8
Isabel de Baviera. 6
La vieja del candilejo. 8
La politico-mania. 6

La estrella de oro. 8
Los cortesanos de D. Juan II. 6
La ocasion por los cabellos. 6
Los celos infundados. 8
Los amoríos de 1790. 6
La conjuracion de Fiesco. 6
La cuarentena. 4
La pata de cabra. 4
La gata muger. 4
Lucrecia Borgia. 6
Luis onceno. 8
Los guantes amarillos. 4
La frontera de Saboya. 4
Las máscaras negras. 6
La espada de mi padre. 4
La cruz de oro. 4
La hermana del sargento. 4
Los padres de la novia. 4
Luisa. 6
La escalera de mano. 4
La solterona. 4
La cuñada. 4
La hija del avaro. 6
La hostería de Segura. 4
Me voy á casar. 6
María Remond. 4
Macbet. 8
No hay mal que por bien no venga. 4
Ni el tio ni el sobrino. 4
No siempre el amor es ciego. 8
Padre é hijo. 4
Plan-plan. 4
Pablo el marino. 6
Roberto D'Artevelde. 6
Ricardo Darlington. 6
Sin nombre! 8
Stradella. 4
Teodoro. 4
Toma y daca. 4
Virtud en la deshonra. 6
Valeria. 5
Un poeta y una muger. 8
Una muger generosa. 6
Un dia de 1823. 6
Una y no mas. 4
Un artista. 4
Un tio en Indias. 4
Un liberal !!! 4
La familia improvisada. 4
El hombre misterioso. 4
Cada cosa en su tiempo. 4

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 350 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbuch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Habana.....	Urban Ramos.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novoa.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.....	Yagüe.